R.L.Stine

Pesadillas

Los espantapájaros andan a medianoche

¡Es un campo de gritos!



A Jodie le encanta visitar la granja de sus abuelos. No es el lugar más excitante del mundo, pero el abuelo Kurt relata estupendas historias de terror. Y las tortitas con perlitas de chocolate de la abuelita son las mejores del mundo. Este verano, la granja no parece la misma. La cosecha de maíz es escasa. El abuelo y la abuela parecen haber envejecido mucho. Y han cambiado al único espantapájaros que había por una docena de aspecto perverso. Una noche, Jodie ve algo realmente extraño. Parece como si los espantapájaros se movieran. Como si se retorcieran sobre sus estacas. Como si cobraran vida...



R. L. Stine

Los espantapájaros andan a medianoche

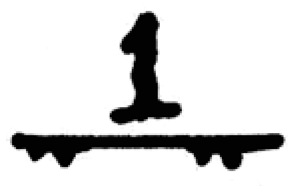
Pesadillas — 02

ePub r1.4
javinintendero 31.07.15

Título original: *Goosebumps #20: The scarecrow walks at midnight*
R. L. Stine, 1994
Traducción: Magdalena Ferrer

Editor digital: javinintendero
Edición de portada: ohri
Digitalización del texto: Rayul
ePub base r1.0





—¡Eh, Jodie, espera!

Me volví y miré con los ojos entrecerrados hacia la brillante luz del sol. Mi hermano Mark estaba todavía en el andén de cemento de la estación. El tren había partido con estrepitoso traqueteo. Aún podía verlo serpenteando a lo lejos por los verdes prados.

Me volví hacia Stanley. Stanley es el trabajador de la granja de mis abuelos. Estaba de pie a mi lado y sostenía las dos maletas.

—Busca en el diccionario la palabra «tortuga» —le sugerí—, y te encontrarás con el retrato de Mark.

Stanley me sonrió.

—Me gusta el diccionario, Jodie —afirmó—. A veces me paso horas leyéndolo.

—¡Vamos, Mark! ¡Muévete! —grité. Pero él se lo tomaba con calma y caminaba con lentitud, como siempre.

Sacudí la melena rubia hacia los hombros y me volví hacia Stanley. Mark y yo no habíamos visitado la granja desde hacía un año. Sin embargo, Stanley no había cambiado.

Está muy delgado. «Como un fideo», dice siempre mi abuela.

Sus monos de trabajo siempre parecen cinco tallas más grandes que la suya.

Stanley tiene unos cuarenta o cuarenta y cinco años, creo. El pelo negro lo lleva cortado al cepillo, casi al cero. Tiene unas orejas enormes, puntiagudas y siempre muy rojas. Sus grandes ojos, redondos y castaños, me recuerdan los de un cachorro.

Stanley no es muy espabilado. El abuelo Kurt siempre dice que

nunca rinde al cien por cien cuando trabaja.

Pero a Mark y a mí nos cae realmente bien. Tiene un sentido del humor muy peculiar. Y es amable, bondadoso y cordial, y siempre tiene un montón de cosas increíbles que enseñarnos cuando vamos de visita a la granja.

—Estás muy guapa, Jodie —comentó Stanley, y las mejillas se le pusieron tan rojas como las orejas—. ¿Cuántos años tienes?

—Doce —le respondí—. Y Mark tiene once.

Se quedó pensativo.

—Eso hacen veintitrés —bromeó.

Nos reímos. Nunca se sabe lo que Stanley va a decir.

—Creo que he pisado una mierda —se lamentó Mark mientras nos alcanzaba.

Pero siempre sé lo que Mark va a decir. Mi hermano sólo sabe tres palabras: chulo, raro y mierda. De verdad. Ese es todo su vocabulario.

Para gastarle una broma, en su último cumpleaños le regalé un diccionario.

—Eres muy rara —comentó Mark cuando se lo di—. ¡Vaya mierda de regalo!

Restregó contra el suelo sus zapatillas blancas de deporte para limpiárselas mientras seguíamos a Stanley hacia la destartalada camioneta roja de reparto.

—Llévame la mochila —me pidió Mark, intentando endosarme su pesada mochila.

—Ni hablar —le respondí—. Llévala tú.

En la mochila había metido el *Walkman*, unas treinta cintas, cómics, su *Game Boy* y por lo menos cincuenta cartuchos de juegos. Estaba segura de que pensaba pasarse todo el mes tumbado en la hamaca que había en el porche trasero de la granja, escuchando música y jugando con los videojuegos.

—Pues… ¡ni hablar!

Papá y mamá dijeron que procurara que Mark estuviera al aire libre y se divirtiera en la granja. Pasábamos todo el año completamente enjaulados en la ciudad. Por eso cada verano nos mandaban un mes con el abuelo Kurt y la abuela Miriam, para que disfrutáramos de la vida al aire libre.

Nos detuvimos al lado de la camioneta mientras Stanley hurgaba los bolsillos del mono en busca de la llave.

—Hoy va a hacer bastante calor —comentó—, a menos que refresque.

El típico parte meteorológico de Stanley.

Me quedé mirando el enorme campo cubierto de hierba que se extendía más allá del pequeño aparcamiento de la estación del ferrocarril. Miles de diminutos pedos de lobo blancos flotaban sobre el despejado cielo azul.

¡Era tan bonito!

Naturalmente, estornudé.

Me encanta visitar la granja de mis abuelos. El único problema es que soy alérgica a casi todo lo que hay aquí, así que mamá me metió en el equipaje varias botellas de mi medicina contra la alergia y montañas de pañuelos.

—*Gesundheit* —dijo Stanley— y lanzó nuestras dos maletas a la parte trasera de la camioneta. Mark también colocó allí su mochila.

—¿Puedo ir detrás? —preguntó.

Le encanta tumbarse de espaldas en la parte de atrás y contemplar el cielo mientras la camioneta da enormes botes.

Stanley es un pésimo conductor. Parece incapaz de concentrarse en el volante y al mismo tiempo de mantener la velocidad adecuada, de modo que se pasa el rato girando rápidamente. La camioneta, claro, da unas sacudidas enormes.

Mark subió a la parte de atrás y se tumbó junto a las maletas. Yo subí y me coloqué al lado de Stanley, delante.

Poco después ya estábamos dando botes por la estrecha y serpenteante carretera que conducía a la granja. A través de la ventanilla cubierta de polvo yo miraba las granjas y los prados por los que íbamos pasando. Todo parecía muy verde y rebosante de vida.

Stanley conducía agarrado con fuerza al volante, inclinado con rigidez hacia delante, mirando fijamente al frente, sin parpadear.

—El señor Mortimer ya no cultiva estas tierras —comentó, levantando una mano del volante para señalar una gran granja blanca situada en lo alto de una colina verde.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Porque se ha muerto —respondió Stanley con solemnidad.

¿Lo véis? Nunca se sabe lo que Stanley va a decir. Dimos un bote al pasar por encima de un surco profundo de la carretera. Estaba segura de que Mark se lo estaba pasando pipa en la parte de atrás.

La carretera pasa por el pueblecito, que es tan pequeño que ni siquiera tiene nombre. Los granjeros siempre lo han denominado el Pueblo.

Tiene una tienda de comestibles, que a la vez es gasolinera, una iglesia blanca con campanario, una ferretería y un buzón de correos.

Había dos camiones aparcados frente a la tienda. No vi a nadie cuando pasamos por allí a gran velocidad.

La granja de mis abuelos está a unos tres kilómetros del pueblo. Al acercarnos reconocí los maizales.

—¡Qué alto está ya el maíz! —exclamé, mirando a través de la ventanilla, que iba botando—. ¿Ya habéis comido?

—Sólo para la cena —contestó Stanley.

De repente redujo la velocidad de la camioneta y volvió sus ojos hacia mí.

—El espantapájaros anda a medianoche —murmuró en voz baja.

—¿Qué? —No estaba segura de haberlo oído bien.

—El espantapájaros anda a medianoche —repitió, fijando en mí sus ojazos de cachorro—. Lo he leído en el libro.

No sabía qué contestarle, así que me reí. Pensé que quizás estaba bromeando.

Días después me di cuenta de que no era ninguna broma.

2

Contemplar la granja que se extendía frente a nosotros me llenaba de felicidad. No es una granja grande ni lujosa, pero me gusta todo lo que hay en ella.

Me gusta el granero con sus olores dulces. Me gustan los graves mugidos de las vacas cuando están en los pastos lejanos. Me gusta contemplar los tallos altos de maíz, ver cómo se balancean todos juntos cuando hace viento.

Qué cursi, ¿verdad?

Me gustan las pavorosas historias de fantasmas que el abuelo Kurt nos cuenta por las noches frente a la chimenea.

Me gustan las tortitas con perlas de chocolate de la abuela Miriam. ¡Están tan buenas! Algunas veces hasta sueño con ellas cuando regreso a mi casa de la ciudad.

Y también me gusta la expresión de felicidad de los rostros de mis abuelos cuando vamos corriendo a saludarles.

Por supuesto que fui yo la primera en salir de la camioneta. Mark iba tan despacio como de costumbre. Fui corriendo hacia la puerta metálica del porche de la parte trasera de la grande y vieja granja. No podía esperar más para ver a mis abuelos.

La abuela Miriam se acercó andando como un pato, con los brazos extendidos. La puerta de tela metálica se cerró con fuerza detrás de ella. Pero entonces vi al abuelo Kurt que la abría de un empujón y salía también a toda prisa.

Cojeaba más que antes, lo noté enseguida. Se apoyaba con fuerza en un bastón blanco. Antes nunca lo había necesitado.

No tuve tiempo de pensar en aquello ya que nos abrazaron hasta dejarnos casi asfixiados.

—¡Qué alegría volver a veros! ¡Ha pasado tanto, tanto tiempo! —gritó la abuela Miriam con alegría.

Se hicieron los habituales comentarios sobre lo que habíamos crecido y lo mayores que parecíamos.

—Jodie, ¿de dónde has sacado ese pelo tan rubio? En mi familia no hay nadie rubio —bromeó el abuelo Kurt, agitando su mata de pelo blanco—. Debes de haberlo heredado de la familia de tu padre. No, ya lo sé. Seguro que lo has comprado en una tienda —dijo sonriendo. Era su típica bromita. Cada verano me decía lo mismo cuando me veía, y sus ojos azules centelleaban de excitación.

—Tienes razón. Es una peluca —le contesté riendo.

Dio un tirón cariñoso a mi cabellera rubia.

—¿Ya tenéis cable? —preguntó Mark, arrastrando la mochila por el suelo.

—¿Tele de cable? —El abuelo Kurt miró a Mark con expresión seria—. Todavía no. Pero de todas maneras tenemos tres canales. ¿Cuántos más necesitamos?

Mark puso los ojos en blanco.

—No hay MTV —gruñó.

Stanley pasó junto a nosotros e introdujo nuestras maletas en la casa.

—Entremos. Seguro que estáis hambrientos —dijo la abuela Miriam—. He hecho sopa y bocadillos. Esta noche comeremos pollo y maíz. El maíz está muy dulce este año. Recuerdo que a los dos os gusta mucho.

Observé a mis abuelos mientras se dirigían hacia la casa. Me pareció que habían envejecido mucho. Andaban más lentamente de lo que yo recordaba. El abuelo Kurt cojeaba más, sin duda alguna. Los dos parecían cansados.

La abuela Miriam es bajita y regordeta. Tiene la cara redonda, enmarcada por cabellos rizados de color rojo. Rojo brillante. No sé cómo describirlo. Ignoro qué usa para teñírselo de ese color. ¡Jamás lo he visto en ninguna otra persona!

Lleva unas gafas de montura cuadrada que le dan un aire realmente anticuado. Le gustan las batas caseras holgadas. Creo que

nunca la he visto con tejanos ni pantalones.

El abuelo Kurt es alto y ancho de hombros. Mamá dice que de joven era realmente guapo. «Como un artista de cine», me dice siempre.

Ahora tiene el pelo blanco, ondulado, pero aún muy espeso, y se lo moja y alisa. Tiene unos ojos azules chispeantes que siempre me hacen sonreír, y una barba blanca de varios días en su rostro delgado. Al abuelo Kurt no le gusta afeitarse.

Hoy llevaba una camisa de manga larga a cuadros rojos y verdes, abrochada hasta el cuello a pesar de que hacía calor, y tejanos holgados con una mancha en la rodilla, sujetos con tirantes blancos.

La comida fue divertida. Estábamos sentados alrededor de la larga mesa de la cocina. La luz del sol se filtraba a través del amplio ventanal. Veía la parte trasera del granero y los maizales que se extendían por detrás.

Mark y yo les contamos todas nuestras noticias, de la escuela, de que mi equipo de baloncesto iba a participar en los campeonatos, de nuestro nuevo coche, de que papá se estaba dejando bigote.

Por alguna razón, Stanley lo encontró muy divertido. Se reía a carcajadas, tanto que se atragantó con la sopa de guisantes y el abuelo Kurt tuvo que alargar el brazo y darle unos golpecitos en la espalda.

Es difícil saber lo que hará desternillarse de risa a Stanley. Como diría Mark, Stanley es raro de verdad.

Durante toda la comida no dejé de observar a mis abuelos. Me resultaba imposible asimilar cómo habían podido cambiar tanto en un año. Parecían mucho más callados, mucho más lentos.

«Esto es lo que significa envejecer», me dije.

—Stanley tiene que enseñaros sus espantapájaros —comentó la abuela Miriam, pasando el tazón de patatas fritas—. ¿Verdad que sí, Stanley?

El abuelo Kurt carraspeó ruidosamente para aclararse la garganta. Tuve la sensación de que le estaba diciendo a la abuela Miriam que cambiara de tema.

—Los he hecho yo —explicó Stanley, sonriendo con orgullo. Volvió sus grandes ojos hacia mí—. El libro me enseñó cómo se

hacía.

—¿Todavía sigues con las clases de guitarra? —preguntó el abuelo Kurt a Mark.

Me di cuenta que por alguna razón, el abuelo Kurt no deseaba hablar de los espantapájaros de Stanley.

—Sí —contestó Mark con la boca llena de patatas fritas—. Pero he vendido la acústica. La he cambiado por una eléctrica.

—¿Quieres decir que tienes que enchufarla? —preguntó Stanley. Empezó a reírse de forma tonta, como si acabara de entender un chiste divertido.

—Qué pena que no hayas traído la guitarra —le dijo la abuela Miriam a Mark.

—No, no es ninguna pena —repliqué yo para molestarlo—. ¡Las vacas empezarían a dar leche agria!

—¡Cierra el pico, Jodie! —dijo Mark irritado. Mi hermano no tiene sentido del humor.

—Ya dan leche agria —murmuró el abuelo Kurt, bajando los ojos.

—Mala suerte. Cuando las vacas dan leche agria, eso significa mala suerte —afirmó Stanley, abriendo desmesuradamente los ojos y adquiriendo de repente una expresión temerosa.

—No pasa nada, Stanley —le aseguró rápidamente la abuela Miriam mientras le colocaba cariñosamente una mano sobre el hombro—. El abuelo Kurt sólo estaba bromeando.

—Bueno chicos, si ya habéis terminado, ¿por qué no os vais con Stanley? —preguntó el abuelo Kurt—. Os llevará a dar una vuelta por la granja. Eso siempre os gusta. —Suspiró—. Yo también iría con vosotros, pero la pierna me ha vuelto a dar la lata.

La abuela Miriam empezó a lavar los platos. Mark y yo salimos por la puerta trasera siguiendo a Stanley. Hacía poco que habían cortado la hierba del jardín trasero. El aire pesaba con su olor dulce.

Vi a un colibrí revoloteando por el jardín de flores que había junto a la casa. Se lo señalé a Mark, pero cuando él se volvió ya había volado.

En la parte trasera del gran patio verde se hallaba situado el viejo granero. Sus paredes blancas estaban muy manchadas y se

estaban descascarillando. La verdad es que necesitaban una mano de pintura. Las puertas estaban abiertas y dentro se veían balas de paja.

A la derecha del granero, casi en los maizales, se hallaba la casita de los huéspedes donde vivía Stanley con su hijo adolescente, Sticks.

—Stanley, ¿dónde está Sticks? —pregunté—. ¿Por qué no ha comido con nosotros?

—Ha ido al pueblo —respondió Stanley con calma—. Ha ido al pueblo en un pony.

Mark y yo intercambiamos una mirada. Nunca acabábamos de entender a Stanley.

Varias figuras oscuras sobresalían del maizal: eran los espantapájaros de los que la abuela Miriam nos había empezado a hablar. Los estuve contemplando, haciendo pantalla con una mano para protegerme los ojos del sol.

—¡Cuántos espantapájaros! —exclamé—. Stanley, el verano pasado sólo había uno. ¿Por qué ahora hay tantos?

No contestó. No parecía haberme oído. Llevaba una gorra negra de béisbol calada hasta las cejas. Andaba a grandes zancadas, inclinándose hacia delante como si fuera una cigüeña, y llevaba las manos en los bolsillos de su holgado mono de trabajo.

—Ya hemos visto la granja cientos de veces —se lamentó Mark en un susurro—. ¿Por qué tenemos que dar otra vez toda la vuelta?

—Calla la boca, Mark —le dije—. Siempre damos una vuelta por la granja. Es una tradición.

Mark gruñó en voz baja. Es realmente perezoso, nunca tiene ganas de hacer nada.

Stanley pasó de largo del granero y nos llevó hasta los campos de maíz. Los tallos sobresalían mucho por encima de mi cabeza. Sus espiguillas doradas centelleaban en la brillante luz del sol.

Stanley alargó una mano y arrancó una mazorca del tallo.

—Veamos si ya está madura —dijo, sonriéndonos.

Sostenía la mazorca en la mano izquierda y empezó a despellejarla con la derecha.

A los pocos segundos quitó la envoltura, dejando al descubierto el interior de la mazorca.

Lancé un grito de horror.

3

—¡Ohhh, qué asco! —chillé.

—¡Vaya mierda! —gruñó Mark.

El maíz era de un repugnante color marrón y se movía en la mazorca, serpenteaba, se retorcía.

Stanley alzó la mazorca hasta su rostro para examinarla. Y entonces me di cuenta de que estaba llena de gusanos. Había cientos de gusanos marrones que se retorcían.

—¡No! —gritó Stanley horrorizado. Dejó caer la mazorca al suelo, a sus pies—. ¡Esto trae mala suerte! El libro lo dice. ¡Esto trae muy mala suerte!

Dirigí una mirada a la mazorca que se hallaba en el suelo. Los gusanos salían serpenteando de la mazorca y se metían en la tierra.

—No pasa nada, Stanley —le tranquilicé—. Me he puesto a gritar porque estaba sorprendida, simplemente. A veces ocurre. A veces los gusanos se meten en las mazorcas. El abuelo me lo dijo una vez.

—No. Es algo malo —insistió Stanley con voz temblorosa. Las orejas rojas le estaban ardiendo y sus grandes ojos reflejaban terror —. El libro lo dice.

—¿Qué libro? —preguntó Mark. Con la punta de sus zapatillas de deporte dio una patada a la mazorca agusanada.

—Mi libro —respondió Stanley con aire de misterio—. Mi libro de supersticiones.

«Vaya», pensé. Stanley no debería tener un libro de supersticiones porque sin necesidad de ningún libro ya era la

persona más supersticiosa del mundo.

—¿Has estado leyendo un libro sobre supersticiones? —le preguntó Mark, mientras observaba cómo los gusanos marrones se arrastraban por la blanda tierra.

—Sí. —Stanley asintió con entusiasmo—. Es un libro estupendo. Me lo cuenta todo. Y todo es verdad. ¡Absolutamente todo!

Se quitó la gorra y se rascó la cabeza.

—Tengo que consultar el libro para saber lo que debo hacer con el maíz. Con el maíz podrido.

Se estaba alterando demasiado. Eso me asustaba un poco. Conozco a Stanley de toda la vida. Creo que trabaja para el abuelo Kurt desde hace más de veinte años.

Siempre ha sido extraño. Pero nunca lo he visto tan inquieto por algo tan insignificante como una mazorca podrida.

—Enséñanos los espantapájaros —le pedí para que se olvidara de la mazorca.

—Eso, vamos a verlos —intervino Mark.

—Vale. Los espantapájaros. —Stanley asintió. Acto seguido se volvió, todavía pensativo, y se puso a caminar delante de nosotros por entre las altas hileras de tallos de maíz.

Los tallos crujían y gemían cuando pasábamos junto a ellos. Era una especie de sonido espectral.

De repente me cubrió una sombra. Uno de los oscuros espantapájaros se alzaba frente a nosotros. Llevaba un abrigo negro y raído relleno de paja. De las mangas salían unos brazos extendidos con rigidez.

El espantapájaros era alto y sobresalía por encima de mi cabeza. Era tan alto que incluso destacaba de los tallos altos de las mazorcas.

Su cabeza era un saco de arpillera descolorido y relleno de paja. Con pintura negra, a trazos gruesos, le habían pintado encima unos perversos ojos negros y un entrecejo amenazador. Sobre su cabeza descansaba un sombrero muy roto y pasado de moda.

—¿Los has hecho tú? —pregunté a Stanley. Estaba viendo más espantapájaros que sobresalían de las plantas de maíz. Todos estaban en la misma posición rígida. Todos poseían el mismo entrecejo amenazador.

Stanley levantó la vista hacia el rostro del espantapájaros.

—Sí, los he hecho yo —contestó en voz baja—. Aprendí a hacerlos en el libro.

—Dan bastante miedo —comentó Mark, acercándose más a mí. Agarró la mano de paja del espantapájaros y se la estrechó—. ¿Qué tal? —le preguntó.

—El espantapájaros anda a medianoche —dijo Stanley, repitiendo la frase que había dicho en la estación.

Mark estaba intentando hacer chocar la palma de su mano contra la del espantapájaros.

—¿Qué significa eso? —pregunté a Stanley.

—En el libro aprendí cómo hacerlo —respondió Stanley, manteniendo sus ojos fijos en el rostro oscuro pintado en la arpillera—. En el libro aprendí lo que tenía que hacer para que anduvieran.

—¿Cómo? ¿Quieres decir que tú haces andar a los espantapájaros? —pregunté muy confundida.

Los oscuros ojos de Stanley se posaron en los míos. Una vez más tenía en el rostro aquella expresión suya tan solemne.

—Sé cómo hacerlo. En el libro están todas las palabras.

Le miré de nuevo, completamente confundida. No sabía qué decir.

—Los he hecho andar, Jodie —prosiguió Stanley con voz casi susurrante—. Los hice andar la semana pasada. Y ahora soy su jefe.

—¿Cómo? ¿El jefe de los es… espantapájaros? —tartamudeé—. ¿Quieres decir…?

Me detuve cuando por el rabillo del ojo vi moverse el brazo del espantapájaros.

La paja crujió al elevarse el brazo.

Luego sentí la áspera paja restregarse contra mi cara… mientras el brazo seco del espantapájaros se dirigía hacia mi garganta.

4

La paja rasposa que salía de la manga del abrigo negro me arañó el cuello.

Lancé un grito agudo.

—¡Está vivo! —grité muerta de miedo. Me tiré al suelo y me alejé gateando de allí.

Al volverme vi que Mark y Stanley me miraban sin inmutarse.

¿Es que no habían visto que el espantapájaros había intentado estrangularme?

Entonces Sticks, el hijo de Stanley, salió de detrás del espantapájaros, sonriendo alegremente.

—¡Idiota! —grité furiosa. Enseguida me di cuenta de que había sido él quien había movido el brazo del espantapájaros.

—Los niños de ciudad os asustáis con mucha facilidad —afirmó Sticks, sonriendo aún más abiertamente. Alargó el brazo para ayudarme a levantar—. Te has creído de verdad que se movía el espantapájaros, ¿verdad Jodie? —dijo en tono de acusación.

—Yo puedo hacer que los espantapájaros se muevan —declaró Stanley, calándose aún más la gorra—. Puedo hacerles andar. Ya lo he hecho. Está todo en el libro.

La sonrisa de Sticks se desvaneció de sus labios. Pareció que sus ojos oscuros se apagaban.

—Sí, papá, desde luego —murmuró.

Sticks tiene dieciséis años. Es alto y delgaducho, con los brazos y las piernas largos y flacos. Por eso le pusieron el apodo de Sticks, que significa «palillos».

Trata de parecer duro. El pelo negro le llega por debajo del cuello, y raras veces se lo lava. Lleva camisetas ajustadas y tejanos sucios, desgarrados a la altura de las rodillas. Se burla mucho de la gente y parece que sus ojos oscuros se estén siempre riendo de uno.

A Mark y a mí nos llama «los niños de ciudad». Siempre lo dice en tono de burla. Y siempre nos gasta bromas estúpidas. Me parece que nos tiene algo de celos. No creo que a Sticks le haya sido fácil crecer en la granja, viviendo con su padre en la casita de invitados.

Quiero decir que Stanley se parece más a un niño que a un padre.

—Te había visto allí detrás —dijo Mark a Sticks.

—¡Ah, pues muchas gracias por avisarme! —contesté a Mark bruscamente. Me volví furiosa hacia Sticks—. Ya veo que no has cambiado lo más mínimo.

—También yo me alegro mucho de verte, Jodie —replicó sarcásticamente—. ¡Los niños de ciudad han vuelto para pasar un mes con los patanes!

—Sticks, ¿qué es lo que te pasa? —le pregunté con brusquedad.

—Portaos bien —murmuró Stanley—. El maíz tiene oídos, ya sabéis.

Todos miramos a Stanley. No sabíamos si acababa de hacer una broma. Tratándose de él, era difícil de saber.

El rostro de Stanley continuó serio. Sus grandes ojos me miraron a través de la sombra proyectada por la visera de su gorra.

—El maíz tiene oídos —repitió—. El campo está lleno de espíritus.

Sticks agitó la cabeza tristemente.

—Papá, dedicas demasiado tiempo a leer ese libro de supersticiones —se quejó.

—Todo lo que dice el libro es cierto —replicó Stanley—. Todo lo que dice es cierto.

Sticks dio una patada a la tierra. Alzó la vista hacia mí. Su expresión era muy triste.

—Ahora aquí es todo diferente —murmuró.

—¿Qué? —Yo no lo había entendido—. ¿Qué quieres decir?

Sticks se volvió hacia su padre. Stanley lo estaba mirando con ojos entreabiertos.

Sticks se encogió de hombros y no contestó. Luego apretó el brazo de Mark.

—Estás tan debilucho como siempre —le comentó—. ¿Quieres que le demos un poco a la pelota esta tarde?

—Hace demasiado calor —respondió Mark. Con el dorso de la mano se limpió el sudor de la frente.

Sticks se burló de él.

—Sigues tan enclenque como de costumbre, ¿verdad?

—¡No digas chorradas! —protestó Mark—. Sólo he dicho que hacía calor, eso es todo.

—¡Eh… tienes algo en la espalda! —avisó Sticks a Mark—. Vuélvete.

Mark se volvió. Sticks se agachó rápidamente, cogió la mazorca agusanada y se la metió a Mark en la espalda por el cuello de la camiseta.

No pude contener la risa cuando mi hermano se puso a gritar y echó a correr hacia la granja.

La cena fue tranquila. El pollo frito de la abuela Miriam estaba tan sabroso como de costumbre.

Y ella tenía razón respecto al maíz. Era muy dulce. Mark y yo nos comimos cada uno dos mazorcas bien untadas de mantequilla.

Disfruté de la cena. Pero me inquietaba ver lo cambiados que estaban mis abuelos. El abuelo Kurt solía hablar sin parar. Siempre tenía montones de relatos divertidos sobre los granjeros de la zona. Y siempre tenía nuevos chistes que contar.

Esta noche apenas pronunció palabra.

La abuela Miriam insistía constantemente para que Mark y yo comiéramos más. Y no cesaba de preguntarnos si lo encontrábamos todo bueno. Pero también ella parecía más callada de lo habitual.

Los dos parecían tensos, incómodos.

No dejaban de lanzar miradas a Stanley, que se hallaba al otro extremo de la mesa y comía con las dos manos mientras le chorreaba la mantequilla por la barbilla.

Sticks estaba sentado con expresión triste frente a su padre. Parecía incluso más hostil que de costumbre.

Stanley era el único de la mesa que estaba alegre. Masticaba el pollo con entusiasmo y pidió una tercera ración de puré de patatas.

—¿Va todo bien, Stanley? —le preguntaba la abuela Miriam sin cesar mientras se mordía el labio—. ¿Va todo bien?

Stanley eructaba y sonreía.

—No va mal —era su respuesta.

¿Por qué parecía todo tan distinto?, me preguntaba. ¿Es sólo porque el abuelo y la abuela se están haciendo viejos?

Después de cenar nos sentamos alrededor de la amplia y cómoda sala de estar. El abuelo Kurt se mecía suavemente adelante y atrás en el viejo balancín de madera que estaba junto a la chimenea.

Hacía demasiado calor para encender el fuego. Pero mientras se iba meciendo miraba hacia la chimenea oscura, y su rostro cubierto por la barba blanca de varios días tenía una expresión pensativa.

La abuela Miriam estaba sentada en su asiento favorito, un gran sillón verde demasiado mullido, frente al abuelo Kurt. Sobre su regazo tenía una revista de jardinería.

Sticks, que apenas había dicho un par de palabras en toda la noche, desapareció. Stanley estaba apoyado en la pared y se hurgaba los dientes con un palillo.

Mark se hundió en el largo sofá verde. Yo me senté en el otro extremo y eché un vistazo a la habitación.

—¡Ahhh! ¡Ese oso disecado siempre me ha dado miedo! —exclamé.

En el otro extremo de la habitación había un enorme oso marrón disecado, de unos dos metros y medio de altura, que se aguantaba sobre sus patas posteriores. El abuelo Kurt lo había matado de un disparo hacía muchos años, durante una cacería. Las enormes garras del oso estaban extendidas como si estuviera a punto de atacar.

—Era un oso asesino —recordaba el abuelo Kurt, meciéndose lentamente y fijando su mirada en la bestia de aspecto furioso—. Hirió a dos cazadores antes de que yo le disparara. Les salvé la vida.

Me estremecí y aparté los ojos del oso. Lo odiaba de verdad. No entiendo cómo la abuela Miriam permite al abuelo Kurt tenerlo en la sala de estar.

—¿Por qué no nos cuentas una historia de terror? —supliqué al abuelo Kurt.

Me devolvió la mirada; de repente sus ojos azules se apagaron y entristecieron.

—Sí, por favor. Hemos estado esperando ansiosamente oír tus historias —coreó Mark—. Cuéntanos aquélla del niño sin cabeza que estaba en el armario.

—No, cuéntanos una nueva —insistí, anhelante.

El abuelo Kurt se frotó lentamente la barbilla y miró a Stanley, que estaba al otro extremo de la sala. Luego se aclaró la garganta con nerviosismo.

—Estoy algo cansado muchachos —dijo en voz baja—. Me parece que me voy a acostar.

—Pero… ¿sin contarnos una historia? —protesté.

Volvió a mirarme con ojos apagados.

—La verdad es que no sé ninguna —dijo. Se levantó con movimientos lentos y se dirigió hacia su dormitorio.

«¿Qué está pasando aquí? —me pregunté—. ¿Qué es lo que no marcha?»



Más tarde, en mi dormitorio del piso de arriba, me puse un camisón largo. La ventana estaba abierta y una suave brisa invadía la habitación.

Miré por la ventana. Un enorme manzano proyectaba su sombra sobre el césped.

En el lugar donde finalizaba la hierba se extendían los maizales bajo el resplandor de la luna llena, que arrancaba centelleos dorados a los altos tallos. Éstos proyectaban sombras azules y alargadas sobre el campo. Los espantapájaros sobresalían entre las mazorcas, rígidos como soldados con uniforme oscuro. Las mangas de sus abrigos se agitaban por la ligera brisa. Sus rostros pálidos de arpillera parecían mirarme.

Sentí un escalofrío en la espalda.

¡Había tantos espantapájaros! Al menos una docena, colocados en hileras rectas. Eran como un ejército a punto de iniciar la marcha.

«El espantapájaros anda a medianoche.»

Eso es lo que Stanley había dicho en aquel tono grave y pavoroso que hasta entonces nunca le había oído utilizar.

Miré el reloj de la mesita de noche. Eran poco más de las diez.

«Ya estaré durmiendo cuando ellos anden», pensé.

Vaya tontería.

Estornudé. Me parece que tengo alergia al aire de la granja tanto de día como de noche.

Observé las sombras alargadas que proyectaban los

espantapájaros. Un golpe de viento dobló los tallos, haciendo rodar las sombras hacia delante como una ola oscura del océano.

Y en ese momento vi a los espantapájaros empezar a dar sacudidas.

—¡Mark! —grité—. ¡Mark, ven aquí! ¡Deprisa!

6

Bajo la luz de la luna llena contemplé con horror cómo empezaban a moverse los oscuros espantapájaros.

Sus brazos daban sacudidas; sus cabezas de arpillera se bamboleaban hacia delante.

Todas ellas. Al unísono.

Los espantapájaros daban sacudidas, tirones, se retorcían, como si lucharan para liberarse de las estacas.

—¡Mark, deprisa! —grité.

Oí pasos rápidos por el pasillo. Mark irrumpió en mi dormitorio, sin aliento.

—Jodie, ¿qué sucede? —gritó.

Le hice un gesto desesperado para que se acercara a la ventana. Cuando se situó a mi lado, le señalé los maizales.

—Mira… los espantapájaros.

Se apoyó en el antepecho de la ventana y se asomó.

Por encima de su hombro yo veía a los espantapájaros dando sacudidas al unísono. Sentí un escalofrío que me hizo cruzar los brazos y envolverme en ellos.

—Es el viento —dijo Mark apartándose de la ventana—. ¿Qué te pasa, Jodie? Sólo es el viento que sopla alrededor de ellos.

—Te… te equivocas, Mark —repliqué balbuceando, abrazándome todavía—. Vuelve a mirar.

Puso los ojos en blanco y suspiró. Pero volvió a asomarse a la ventana. Estuvo observando el campo durante un buen rato.

—¿No lo ves? —pregunté con voz chillona—. Se están moviendo

todos a la vez. Los brazos, las cabezas…

Cuando Mark se apartó de la ventana, sus ojos azules estaban muy abiertos y tenían una expresión de temor. Me miró pensativo y en silencio.

Finalmente tragó saliva y logró decir en voz baja y temblorosa:

—Tenemos que decírselo al abuelo Kurt.

Bajamos las escaleras a toda velocidad, pero los abuelos ya se habían acostado. La puerta de su dormitorio estaba cerrada. Al otro lado reinaba el silencio.

—Me parece que lo mejor será esperar hasta mañana por la mañana —susurré cuando Mark y yo volvimos de puntillas a nuestros dormitorios—. Creo que hasta entonces estaremos a salvo.

Entramos silenciosamente en nuestras habitaciones. Cerré la ventana y eché el pestillo. Afuera, en los campos, los espantapájaros seguían dando sacudidas, tratando de liberarse de sus estacas.

Me alejé de la ventana con un estremecimiento y me metí en la cama, cubriéndome con el viejo edredón hasta la cabeza.

Dormí inquieta, dando vueltas y más vueltas. Por la mañana salté ansiosa de la cama. Me peiné el cabello rápidamente y bajé corriendo a desayunar.

Mark estaba detrás de mí en las escaleras. Llevaba puestos los mismos tejanos del día anterior y una camiseta de Nirvana roja y negra. No se había molestado en peinarse y llevaba los pelos de punta.

—¡Tortitas! —logró decir con voz ahogada. Por la mañana temprano Mark sólo es capaz de articular una palabra.

Pero la palabra me reanimó al instante y me hizo olvidar por un momento los horribles espantapájaros.

¿Cómo podía haberme olvidado de las estupendas tortitas con perlitas de chocalate de la abuela Miriam?

Son tan blandas que se funden en la boca. Y el chocolate caliente mezclado con el jarabe de arce dulce es el desayuno más delicioso que he tomado en mi vida.

Cuando atravesamos a toda prisa la sala de estar en dirección a la cocina, olí el aire para sentir el maravilloso aroma de la pasta de

las tortitas cociéndose en el horno.

Pero mi nariz estaba demasiado tapada para poder oler algo.

Mark y yo irrumpimos en la cocina al mismo tiempo. El abuelo Kurt y Stanley ya estaban sentados a la mesa. Había una gran cafetera azul humeando ante ellos.

Stanley estaba bebiendo café. El abuelo Kurt tenía la cabeza enterrada tras el periódico de la mañana. Levantó la vista y sonrió cuando entramos.

Todos dieron los buenos días a todos.

Mark y yo ocupamos nuestros sitios en la mesa. Estábamos tan ansiosos por comer las famosas tortitas que casi nos frotábamos las manos como los personajes de los dibujos animados.

Imaginaos la decepción que tuvimos cuando la abuela Miriam colocó frente a nosotros grandes tazones de cereales.

Casi me eché a llorar.

Miré a Mark, que estaba al otro extremo de la mesa. Él a su vez me estaba mirando a mí. Su rostro reflejaba sorpresa y decepción.

—¿Cereales? —preguntó con voz chillona.

La abuela Miriam había vuelto al fregadero. Me volví hacia ella.

—Abuela Miriam, ¿no hay tortitas? —pregunté suavemente.

Vi que le dirigía una mirada a Stanley.

—Ya no las hago, Jodie —respondió sin dejar de mirar a Stanley —. Las tortitas engordan mucho.

—No hay nada como un buen tazón de cereales por la mañana —afirmó Stanley con una amplia sonrisa. Alargó la mano hacia la caja de cereales que estaba en el centro de la mesa y llenó su tazón por segunda vez.

El abuelo Kurt gruñó algo tras el periódico.

—Venga, coméoslos antes de que se reblandezcan —nos apremió la abuela Miriam desde el fregadero.

Mark y yo intercambiamos miradas. El verano pasado la abuela Miriam nos hacía un montón de tortitas con perlas de chocolate casi cada mañana…

«¿Qué está pasando aquí?», me volví a preguntar.

De repente me acordé de que el día anterior Sticks me había susurrado en el maizal: «Las cosas aquí han cambiado.»

Por supuesto que habían cambiado. «Y no para mejor», pensé.

Mi estómago empezó a rugir. Cogí la cuchara y ataqué los cereales. Vi que Mark se comía su ración, tristemente. Y entonces me acordé de pronto de los espantapájaros, dando sacudidas.

—Abuelo Kurt… —empecé a decir—. Anoche Mark y yo… estábamos mirando el maizal desde la ventana y vimos que los espantapájaros se movían. Nosotros…

Oí resollar profundamente a la abuela Miriam tras de mí.

El abuelo Kurt bajó el periódico. Me miró con los ojos entrecerrados pero no dijo ni palabra.

—¡Los espantapájaros se estaban moviendo! —terció Mark.

Stanley se atragantó.

—Era el viento —explicó, mirando fijamente al abuelo Kurt—. Debía de ser el viento que los movía.

El abuelo Kurt miró a Stanley.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—Sí. Era el viento —replicó Stanley con voz tensa.

—Pero estaban intentando desprenderse de sus estacas —grité —. ¡Nosotros los vimos!

El abuelo Kurt miró fijamente a Stanley.

Las orejas de Stanley se pusieron de un rojo brillante. Bajó la mirada.

—Era una noche ventosa —dijo—. Se movían por el viento.

—Hoy va a hacer sol —comentó alegremente la abuela Miriam desde el fregadero.

—Pero los espantapájaros… —insistió Mark.

—Sí. Parece que hará buen día —murmuró el abuelo Kurt, ignorando a Mark.

Me di cuenta de que no quería hablar de los espantapájaros.

¿Tal vez porque no nos creía?

El abuelo Kurt se volvió hacia Stanley.

—Después de que lleves las vacas a los pastos, quizá podrías ir con Jodie y Mark a pescar un rato en el arroyo.

—Quizá —contestó Stanley, que estaba concentrado en la caja de cereales—. Quizá lo hagamos.

—Suena divertido —dijo Mark. A Mark le gusta pescar. Es uno de sus deportes favoritos, porque apenas tiene que moverse.

Hay un arroyo muy bonito detrás de los campos en los que

pastan las vacas, en el límite de las tierras del abuelo Kurt. Es una zona boscosa; el arroyo estrecho fluye mansamente bajo los viejos árboles que dan sombra, y generalmente está lleno de peces.

Cuando me estaba acabando el tazón de cereales, me volví hacia la abuela Miriam en el fregadero.

—¿Y tú que vas a hacer hoy? —le pregunté—. Quizá tú y yo podríamos estar un rato juntas y…

Me quedé sin habla cuando se volvió y vi su mano.

—¡Ohhh! —proferí un grito de terror al ver su mano… de paja.

7

—Jodie, ¿qué te pasa? —preguntó la abuela Miriam.

Señalé su mano.

En ese momento ya se veía mejor y me di cuenta de que no era de paja… simplemente estaba sosteniendo una escoba.

La tenía cogida por el mango y arrancaba pelusa de los extremos de la paja.

—Nada —le contesté, sintiéndome como una perfecta estúpida. Me restregué los ojos—. Tengo que tomarme la medicina contra la alergia —le dije—. Me lloran mucho los ojos y veo cosas raras.

¡Veía espantapájaros por todas partes!

Me reprendí por comportarme de una forma tan absurda.

«Basta de pensar en los espantapájaros», me dije. Stanley tenía razón. Anoche los espantapájaros se movían por el viento. Sólo era el viento.

Aquella misma mañana, Stanley nos llevó a pescar. Cuando partimos hacia el arroyo, parecía estar de muy buen humor.

Sonrió mientras balanceaba la gran cesta que la abuela Miriam nos había preparado para la comida.

—Ha puesto todo lo que a mí más me gusta —explicó Stanley alegremente.

Le dio unas palmaditas cariñosas a la cesta con satisfacción infantil.

Llevaba tres cañas de pescar de bambú bajo el brazo izquierdo y la gran cesta de paja en la mano derecha. Se opuso a que Mark o yo lleváramos algo.

El aire cálido transportaba olores dulces. El sol resplandecía en un cielo azul despejado. Las briznas de hierba recién cortada se adherían a mis zapatillas blancas mientras atravesábamos el patio trasero.

La medicina había hecho su efecto. Tenía los ojos mucho mejor.

Stanley giró justo después de pasar el granero y empezó a caminar rápidamente a lo largo de la pared trasera. Su expresión se volvió solemne. Parecía estar profundamente concentrado en algo.

—¡Eh!, ¿adónde vamos? —grité, dándome prisa para alcanzarle.

Pareció que no me oía. Andaba a largas zancadas y balanceaba la cesta de paja con la comida mientras caminaba de nuevo en dirección a nuestro punto de partida.

—¡Eh, esperadme! —gritó Mark sin aliento. Mi hermano no soporta tener que darse prisa cuando cree que no hay necesidad.

—¡Espera, Stanley! —grité, estirándole la manga de la camisa—. Estamos andando en círculo.

Él asintió, con una expresión seria bajo la gorra negra de béisbol.

—Tenemos que dar tres veces la vuelta al granero —explicó en voz baja.

—¿Por qué? —pregunté.

Iniciamos nuestra segunda vuelta alrededor del granero.

—Esto nos dará buena suerte en la pesca —respondió Stanley—. Está en el libro. Todo está en el libro —añadió.

Abrí la boca para decirle que esto era una solemne tontería, pero decidí no hacerlo. Parecía tomarse tan en serio su libro de supersticiones que no quise desilusionarlo.

Además, a Mark y a mí nos iba bien hacer ejercicio.

Poco después dejamos de dar vueltas y avanzamos por el camino sucio que llevaba al arroyo, después de dejar atrás los maizales. Stanley volvió a sonreír inmediatamente.

Me di cuenta de que él se creía realmente las supersticiones del libro.

Me pregunté si Sticks también se las creería.

—¿Dónde está Sticks? —pregunté dando un puntapié a un montón de tierra y enviándolo al otro lado del camino.

—Trabajando —respondió Stanley—. Sticks es muy trabajador.

Realmente muy trabajador. Pero me parece que pronto se reunirá con nosotros. Por nada del mundo se perdería una sesión de pesca.

Empecé a notar los efectos del sol en la cara y en los hombros. Pensé en volver a casa corriendo y coger un protector solar.

Los espantapájaros vestidos con ropa oscura parecían mirarme cuando pasamos por las altas hileras de plantas de maíz. Habría jurado que sus caras pintadas y pálidas se volvían hacia mí cuando pasaba junto a ellos.

¿No levantó uno de ellos una mano de paja para saludarme?

Me reprendí a mí misma por pensar estas estupideces y aparté la mirada.

«¡Basta de pensar en los espantapájaros, Jodie!», me dije.

«Olvida esa pesadilla. Olvídate de esos estúpidos espantapájaros. Hace un día precioso y no tienes que preocuparte por nada. Intenta relajarte y pasarlo bien.»

El camino conducía a un bosque de pinos altos por detrás de los maizales. Cuando penetramos en el bosque disfrutamos de la sombra y de la temperatura más fresca.

—¿No podríamos coger un taxi? —gimió Mark.

Una de sus típicas bromas. Estoy segura de que lo habría cogido si lo hubiera encontrado.

Stanley movió la cabeza, sonriendo.

—Chicos de ciudad —murmuró.

Al final del camino continuamos a través de los árboles. En el bosque se percibía un olor fresco a pino. Vi una diminuta ardilla listada, marrón y blanca, que se metía rápidamente en el hueco de un tronco.

Cerca se oía el discurrir musical del arroyo.

De repente Stanley se detuvo. Se agachó y cogió una piña.

Las tres cañas de pescar cayeron al suelo. No pareció darse cuenta. Se acercó la piña a la cara y la examinó.

—Una piña en una zona de sombra indica un invierno largo —dijo, dando vueltas a la piña seca en la mano.

Mark y yo nos inclinamos para recoger las cañas de pescar.

—¿Es eso lo que dice el libro? —preguntó Mark.

Stanley asintió. Colocó cuidadosamente la piña seca en el mismo lugar donde la había encontrado.

—La piña está todavía pegajosa. Eso es un signo favorable —dijo muy serio.

Mark soltó una risita. Yo sabía que estaba intentando no burlarse de Stanley, pero no pudo evitar que se le escapara la risa.

Los grandes ojos pardos de Stanley reflejaron que se sentía herido.

—Todo es cierto, Mark —dijo sosegadamente—. Todo es cierto.

—Me… me gustaría leer ese libro —comentó Mark mientras me dirigía una mirada.

—Es un libro muy difícil —replicó Stanley—. Tengo dificultades con algunas de las palabras.

—Oigo el arroyo —interrumpí, cambiando de tema—. Vamos. Quiero coger algún pez antes de la hora de comer.

Al mojarme las piernas noté que el agua estaba fría. Mis pies desnudos resbalaban en las piedras lisas del lecho del arroyo.

Los tres vadeamos el arroyo poco profundo. Mark quería tumbarse en la orilla cubierta de hierba para pescar. Pero le convencí de que era mucho más divertido… y mucho más fácil coger algo, si se estaba de pie dentro del agua.

—Ya lo creo que cogeré algo —gruñó mientras se enrollaba los bajos de los tejanos—. ¡Cogeré una neumonía!

Stanley profirió una sonora carcajada.

Colocó cuidadosamente la gran cesta de la comida sobre la hierba seca. Luego se subió los pantalones de su mono de trabajo y entró en el agua con una caña de pescar en la mano.

—¡Oh, qué fría está! —gritó, agitando las manos por encima de la cabeza, a punto de perder el equilibrio sobre las piedras resbaladizas.

—Stanley, ¿no te has olvidado algo? —le pregunté gritando.

Se volvió desorientado. Sus grandes orejas se pusieron de un rojo intenso.

—¿Qué me he olvidado, Jodie?

Señalé hacia su caña.

—¿Y si le pones un cebo? —grité.

Miró el anzuelo vacío que había en el extremo del hilo. Entonces

regresó a la orilla para colocar un gusano en el anzuelo.

Unos minutos después, los tres nos encontrábamos en el agua. Al principio Mark se quejó de lo fría que estaba y de que las piedras del fondo le lastimaban sus delicados piececitos.

Pero al cabo de un rato, también se metió.

En esta zona el arroyo sólo tenía medio metro de profundidad. El agua era muy transparente y fluía con rapidez, haciendo pequeños remolinos y hondonadas sobre el fondo rocoso.

Bajé la caña hasta el agua y observé el plástico rojo del corcho que flotaba en la superficie. Si se sumergía, yo sabría que habían picado.

Notaba el calor del sol sobre la cara. El agua fresca fluía alrededor de forma agradable.

«Me gustaría que el arroyo fuera lo bastante profundo como para poder nadar», pensé.

—¡Han picado! —gritó Mark con entusiasmo.

Stanley y yo nos volvimos y observamos que tiraba de la caña hacia arriba con todas sus fuerzas.

—Me parece que es muy grande —anunció.

Por fin dio un último tirón, realmente fuerte, y sacó un gran amasijo de algas verdes.

—Muy bien, Mark —le felicité, poniendo los ojos en blanco—. Es muy grande, desde luego.

—Tú sí que eres grande —replicó Mark—. Una idiota grande.

—No seas criatura —murmuré.

Me sacudí un moscardón que zumbaba cerca y traté de concentrarme en mi caña. Pero mi mente empezó a vagar. Siempre lo hace cuando estoy pescando.

Me encontré pensando en los altos espantapájaros del campo. Estaban allí tan oscuros, tan amenazadores, tan despiertos… Sus caras pintadas tenían todas la misma mirada dura.

Todavía me los estaba imaginando cuando sentí que una mano se deslizaba alrededor de mi tobillo.

La mano de paja del espantapájaros.

Salió del agua, me agarró el tobillo y empezó a apretarme la pierna con fuerza, transmitiéndome una sensación fría y húmeda.



Me puse a gritar y traté de apartar la mano a golpes.

Pero me resbalaron los pies en las piedras lisas.

Alcé las manos mientras me tambaleaba hacia atrás.

—¡Oh! —grité de nuevo cuando caí al agua.

El espantapájaros no me soltaba.

Tumbada boca arriba y con el agua rodeándome por todas partes, empecé a patear y a agitar los brazos.

Y entonces lo vi. El amasijo de algas verdes se me había enredado en el tobillo.

—¡Oh, no! —gemí.

No había sido ningún espantapájaros. Sólo algas.

Bajé los pies y los metí en el agua. No me moví. Me limité a estar allí, acostada boca arriba, esperando que mi corazón dejara de latir con violencia y sintiéndome otra vez como una perfecta estúpida.

Miré a Mark y a Stanley. Me estaban observando, demasiado sobresaltados para reírse.

—No digáis nada —les advertí mientras luchaba por ponerme en pie—. Os lo advierto, no digáis nada.

Mark se reía disimuladamente, pero fue obediente y no dijo nada.

—No he traído ninguna toalla —dijo Stanley con pesar—. Lo siento, Jodie, no sabía que querías bañarte.

Mark se puso a reír a carcajadas.

Dirigí una mirada de advertencia a Mark. Tenía la camiseta y los

pantalones cortos empapados. Empecé a caminar hacia la orilla con la caña colocada torpemente frente a mí.

—No necesito ninguna toalla —contesté a Stanley—. Me siento bien. Es muy refrescante.

—Has asustado a todos los peces, Jodie —se lamentó Mark.

—No. Eres tú el que los ha asustado. ¡Han visto tu cara! —le corregí. Yo sabía que en ese momento estaba comportándome como una criatura. Pero no me importaba. Tenía frío y estaba mojada y furiosa.

Afirmé los pies en la orilla mientras el agua me chorreaba por el pelo.

—Creo que es más fácil que piquen aquí abajo —oí que le decía Stanley a Mark—. Al volverme lo vi desaparecer en un meandro del arroyo.

Mark le siguió, caminando con cuidado por encima de las rocas, hasta que desaparecieron de mi vista detrás de los espesos árboles.

Me escurrí el pelo, intentando eliminar el agua, pero finalmente desistí y me eché el pelo por detrás de los hombros.

Cuando estaba intentando decidir lo que iba a hacer, oí un crujido procedente del bosque.

¿Alguna pisada?

Me volví y miré hacia los árboles. No vi a nadie.

Era otra ardilla listada que pasaba veloz por la alfombra de hojas marrones secas. ¿Habría asustado alguien o algo a la ardilla?

Escuché con atención. Otra pisada. El ruido de algo que crujía.

—¿Quién… quién está ahí? —pregunté.

Los matorrales bajos respondieron con crujidos siniestros.

—¿Sticks, eres tú? ¿Sticks? —Me temblaba la voz.

No hubo respuesta.

«Tiene que ser Sticks —me dije—. Ésta es la propiedad del abuelo Kurt. Nadie más puede entrar aquí.»

—¡Sticks, no intentes asustarme! —grité furiosa.

No hubo respuesta.

Otra pisada. El ruido de una ramita al romperse.

Más crujidos. Ahora más cercanos.

—¡Sticks! ¡Sé que eres tú! —dije vacilante—. Estoy harta de tus bromas estúpidas. ¿Sticks?

Mis ojos se dirigieron hacia delante, hacia los árboles.

Escuché. Sólo silencio.

Un silencio profundo.

De pronto una figura oscura salió de entre las sombras de dos pinos muy altos.

—¿Sticks…?

Escudriñé las densas sombras azules.

Vi el abrigo oscuro y abultado. La cabeza de arpillera descolorida.

El sombrero oscuro de ala ancha se había inclinado sobre los ojos negros pintados.

Vi la paja que sobresalía por debajo de la chaqueta y de las mangas largas del abrigo.

Un espantapájaros.

¿Un espantapájaros que nos había seguido hasta el arroyo?

Con los ojos entrecerrados miré atentamente hacia las sombras, observé aquella sonrisa maligna y petrificada, abrí la boca para gritar… pero no salió ningún sonido.



Y de repente una mano me agarró por el hombro.

—¡Ohhh! —solté un grito y me giré en redondo.

Stanley me miraba preocupado. Él y Mark habían subido detrás de mí.

—Jodie, ¿qué te sucede? —preguntó Stanley—. Nos pareció que nos llamabas.

—¿Qué te pasa? —preguntó Mark en tono indiferente. Estaba intentando desenredar el hilo de su caña de pescar—. ¿Te ha asustado una ardilla o algún bicho?

—No… yo… yo… —Me latía el corazón tan deprisa que apenas podía hablar.

—Cálmate, Jodie —dijo Mark, imitándome.

—¡He visto un espantapájaros! —pude exclamar al fin.

Stanley se quedó boquiabierto.

Mark me miró suspicaz, con ojos entrecerrados.

—¿Un espantapájaros, aquí en el bosque?

—Estaba… estaba andando —tartamudeé—. Lo he oído. Lo he oído andar.

Un sonido ahogado se escapó de la boca abierta de Stanley.

Mark continuaba mirándome, con expresión asustada.

—¡Está allí! —grité—. ¡Exactamente allí! ¡Miradlo!

Lo señalé.

Pero ya se había ido.

10

Stanley me miró fijamente y sus grandes ojos marrones reflejaban una gran confusión.

—Lo he visto —insistí—. Entre aquellos dos árboles. —Señalé de nuevo.

—¿Lo has visto? ¿Un espantapájaros? ¿De verdad? —preguntó Stanley. Me di cuenta de que se estaba asustando.

—Bueno… tal vez sólo fueran las sombras —contesté. No quería asustar a Stanley.

Yo estaba tiritando de frío.

—Estoy empapada. Me tengo que poner al sol —les dije.

—Pero ¿lo has visto o no? —preguntó Stanley, mirándome fijamente a los ojos—. ¿Has visto un espantapájaros aquí?

—No… no creo, Stanley —respondí, tratando de calmarlo—. Lo siento.

—Esto es algo muy malo —murmuró, hablando para sí—. Esto es algo muy malo. Tengo que consultar el libro. Esto es algo muy malo. —Entonces, murmurando algo entre dientes, se dio la vuelta y salió corriendo.

—¡Espera, Stanley! —le grité—. ¡Vuelve, Stanley! ¡No nos dejes aquí!

Pero ya se había ido. Se lo había tragado el bosque.

—Voy a buscarlo —dije a Mark—. Y luego iré a contárselo todo al abuelo Kurt. ¿Podrás llevar tú solo las cañas de pescar?

—¿Todas las cañas? —gimoteó Mark. Mi hermano es tan vago…

Le dije que sí, que las tenía que llevar, y luego empecé a correr

por el bosque, por el camino que llevaba a la granja.

El corazón me latía con violencia cuando llegué a los maizales. Los espantapájaros enfundados en sus abrigos oscuros parecían mirarme. Mientras mis zapatillas de deporte golpeaban pesadamente el camino estrecho y sucio, me imaginaba que los brazos de paja se extendían hacia mí, que me alcanzaban y me agarraban y me tiraban sobre el maíz.

Pero los espantapájaros mantenían su mirada vigilante y silenciosa sobre los tallos de maíz. No se movieron ni se retorcieron cuando pasé junto a ellos a toda prisa.

Mucho más delante de mí, vi a Stanley que corría hacia su casita. Lo llamé, haciendo bocina con las manos, pero él se metió dentro y desapareció.

Decidí ir a buscar al abuelo Kurt y contarle lo del espantapájaros que había visto moverse por el bosque.

La puerta del granero estaba abierta y me pareció que dentro había alguien.

—¿Abuelo Kurt? —grité casi sin aliento—. ¿Estás aquí?

Mi cabello mojado iba saltando sobre mis hombros mientras entraba corriendo en el granero. Me situé en el rectángulo de luz que se extendía desde la entrada y miré hacia la oscuridad.

—¿Abuelo Kurt? —grité, luchando por recuperar el aliento.

Lentamente mis ojos se fueron adaptando a la tenue luz. Entré más adentro del granero.

—¿Abuelo Kurt, estás aquí?

Al oír un leve chirrido contra la pared de enfrente, me dirigí hacia allí.

—¿Abuelo Kurt, puedo hablar contigo? Necesito hablar contigo enseguida.

Mi voz sonaba débil y asustada dentro del gran granero oscuro. Mis zapatillas de deporte crujían sobre el suelo de paja seca mientras me dirigía hacia la parte trasera.

Me giré en redondo cuando oí un ruido sordo.

La luz iba disminuyendo gradualmente.

—¡Eh! —grité. Demasiado tarde.

La puerta corrediza del granero se estaba cerrando.

—¡Eh! ¿Quién hay ahí? —grité con rabia y aturdida.

Resbalé sobre la paja cuando empecé a tambalearme hacia la puerta corrediza. Caí pesadamente al suelo, pero gateé hasta levantarme con rapidez.

Me lancé hacia la puerta, pero no fui lo suficientemente rápida.

Mientras la pesada puerta se cerraba con ruido, el rectángulo de luz se iba estrechando paulatinamente.

La puerta se cerró por fin con un portazo ensordecedor.

La oscuridad me rodeó, me envolvió, me cubrió.

—¡Eh! ¡Quiero salir! —grité—. ¡Quiero salir de aquí!

Mi grito terminó en un sollozo contenido. El aliento se me escapaba en forma de ruidosos jadeos.

Me puse a golpear la puerta de madera del granero con los puños. Luego, ya frenética, recorrí la puerta con las manos, buscando un cerrojo a ciegas, algo que se pudiera estirar para abrir la puerta.

Al no encontrar nada, empecé a aporrear la puerta hasta que me dolieron los puños.

Luego me detuve y di un paso atrás.

«Cálmate, Jodie —me dije—. Cálmate. Saldrás del granero. Encontrarás el modo de salir. No vas a quedarte aquí atrapada para siempre.»

Intenté desterrar el pánico. Contuve la respiración, esperando que el corazón me dejara de latir desbocado. Luego exhalé lentamente. Leeeeentamente.

Cuando empezaba a sentirme un poco mejor, oí un crujido.

Un crujido sordo. El ruido de un zapato aplastando la paja.

—¡Oh! —Dejé escapar un chillido agudo, luego alcé las manos hasta la cara y me puse a escuchar.

Rac. Rac. Rac.

El sonido de pisadas. Pisadas lentas, seguras, ligeras sobre el suelo del granero.

Pisadas que se dirigían hacia mí en la oscuridad.



—¿Quién… quién está ahí? —pregunté con voz ahogada, en un tenue susurro.

No hubo respuesta.

Rac. Rac. Rac.

Las pisadas débiles y chirriantes se iban acercando.

—¿Quién hay ahí? —chillé.

No hubo respuesta.

Miré hacia la oscuridad. No veía nada.

Rac. Rac.

Quien fuera… o lo que fuera… se me estaba acercando con paso seguro.

Retrocedí un paso. Luego otro.

Intenté gritar, pero tenía la garganta paralizada por el miedo.

Proferí un grito cuando choqué con la espalda contra algo. Debido al pánico, tardé unos segundos en darme cuenta de que no era más que una escalera de mano de madera, la escalera que conducía al henil.

Las pisadas se acercaban chirriando. Se acercaban.

—Por favor… —dije con voz tenue, sofocada—. Por favor… no…

Se acercaban. Se acercaban. Chirriando hacia mí a través de la densa oscuridad.

Me agarré a la escalera de mano.

—¡Por favor… márchate!

Antes de darme cuenta de lo que hacía, empecé a subir por la

escalera. Me temblaban los brazos y me parecía que cada pierna me pesaba quinientos kilos.

Pero fui subiendo peldaño tras peldaño hacia el henil, para alejarme de las terroríficas pisadas chirriantes que se oían abajo.

Al llegar arriba me tumbé sobre el suelo del henil. Hice un esfuerzo por oír las pisadas, que sonaban más débiles que los latidos violentos de mi corazón.

¿Me habían seguido? ¿Estaba aquella cosa persiguiéndome por la escalera?

Contuve la respiración. Escuché.

Crujidos. Pisadas chirriantes.

—¡Vete! —grité frenética.

Pero los sonidos continuaban, monótonos y crujientes. Como el sonido de la paja rozando paja.

Me puse de rodillas y me volví hacia la ventanita cuadrada del henil. A través de ella se filtraba un poco de luz, que hacía centellear el heno apilado en el suelo como si se tratase de finas hebras doradas.

Me acerqué reptando hasta la ventana, con el corazón latiéndome con violencia.

¡Sí! La pesada cuerda estaba todavía atada en el extremo. La cuerda que Mark y yo siempre utilizábamos para bajar hasta el suelo, balanceándonos.

«¡Puedo salir de aquí!», pensé con alegría.

«Puedo coger la cuerda y salir del henil balanceándome. ¡Puedo escaparme!»

Agarré ansiosamente la cuerda con las dos manos.

Entonces asomé la cabeza por la ventanita y miré hacia abajo.

Y lancé un grito de horror.

12

Al mirar hacia abajo vi un sombrero negro. Debajo del sombrero un abrigo negro.

Un espantapájaros, fuera de la puerta del granero. Como si estuviera montando guardia.

Cuando me puse a gritar, sacudió los brazos y las piernas.

Y cuando lo miré incrédula, empezó a correr apresuradamente a lo largo de uno de los lados del granero, renqueando con sus piernas de paja, y con los brazos colgando a los lados.

Pestañeé varias veces. ¿Estaba viendo visiones?

Tenía las manos frías y sudorosas. Agarré la cuerda con más fuerza. Respiré profundamente y me tiré por la ventanita cuadrada.

La pesada cuerda se balanceó hacia la parte delantera del granero.

Hacia abajo. Hacia abajo. Di un golpe en el suelo, aterrizando con los pies.

—¡Ay! —grité, cuando la cuerda me raspó las manos.

La solté y me puse a correr hacia uno de los lados del granero.

Quería coger a aquel espantapájaros. Quería ver si de verdad era un espantapájaros, un espantapájaros que podía correr.

Sin hacer caso del miedo que sentía, eché a correr tan rápido como pude.

No había ni rastro de él en este lado del granero.

Me empezó a doler el pecho. Me latían las sienes.

Di la vuelta a la esquina y me dispuse a recorrer la parte trasera del granero, buscando al espantapájaros que había salido huyendo.

¡Y choqué frontalmente con Sticks!

—¡Eh…! —gritamos sorprendidos al chocar.

Me separé de él desesperadamente, y comprobé que el espantapájaros había desaparecido.

—¿A qué viene tanta prisa? —preguntó Sticks—. ¡Casi me atropellas!

Vestía unos tejanos descoloridos, rotos por las rodillas, y una camiseta de manga corta de un púrpura descolorido que resaltaba su delgadez. Llevaba el pelo negro recogido en una coleta de caballo.

—¡U… un espantapájaros! —tartamudeé.

Y entonces… en aquel instante… lo comprendí todo.

En aquel instante, resolví todo el misterio de los espantapájaros.

13

No había sido ningún espantapájaros.

Había sido Sticks.

En el bosque, abajo, junto al arroyo. Y ahora, fuera del granero.

Sticks. Con otro de sus estúpidos trucos.

Y de repente tuve la certeza de que la noche anterior había sido Sticks el que se las había ingeniado para que los espantapájaros se retorcieran y dieran tirones para desprenderse de las estacas.

A Sticks simplemente le gustaba gastar bromas pesadas a «los niños de ciudad». Siempre nos ha gastado bromas tremendas, desde que Mark y yo éramos pequeños.

A veces Sticks podía ser un muchacho agradable, pero tenía una vena realmente cruel.

—Creía que estabas pescando —dijo despreocupadamente.

—Pues no —repliqué con brusquedad—. Sticks, ¿por qué tratas de asustarnos continuamente?

—¿Qué? —Hizo como que no sabía de qué le estaba hablando.

—Sticks, no me vengas con más bromas —murmuré—. Ya sé que tú eras el espantapájaros. ¡No soy estúpida!

—¿El espantapájaros? ¿Qué espantapájaros? —preguntó mirándome con los ojos muy abiertos y expresión inocente.

—Ibas vestido como un espantapájaros —le acusé—. O trajiste uno aquí y lo empujaste con una cuerda o algo por el estilo.

—Estás completamente loca —replicó Sticks con tono de enfado —. Me parece que el sol te ha hecho daño al coco.

—¡Ya basta, Sticks! —ordené—. ¿Por qué haces eso? ¿Por qué

tratas de asustarnos a Mark y a mí? Además has asustado a tu padre.

—¡Jodie, estás loca! —exclamó—. De verdad que paso mucho de disfrazarme para divertiros a ti y a tu hermano.

—Sticks, no me tomes el pelo —insistí—. Tú…

Me detuve de golpe cuando le vi cambiar de expresión.

—¡Papá! —gritó, repentinamente alarmado—. ¡Papá! ¿Has dicho que se ha asustado?

Asentí con un movimiento de cabeza.

—¡Tengo que encontrarle! —exclamó Sticks con desesperación —. ¡Podría… podría hacer algo terrible!

—¡Sticks, te estás pasando con la broma! —grité—. ¡Basta ya! —Pero él ya estaba corriendo hacia la parte delantera del granero, llamando a su padre con voz estridente y desesperada.

Sticks no encontró a su padre hasta la hora de cenar. Yo tampoco lo vi hasta ese momento, hasta justo antes de la cena. Llevaba su enorme libro de supersticiones bajo el brazo.

—Jodie —susurró, haciéndome una señal para que me acercara. Su rostro había enrojecido. Sus ojos oscuros revelaban su agitación.

—Hola, Stanley —susurré con voz vacilante.

—No le digas nada al abuelo Kurt del espantapájaros —continuó susurrando Stanley.

—¿Qué dices? —La petición de Stanley me cogió por sorpresa.

—No se lo digas a tu abuelo —repitió Stanley—. Sólo serviría para inquietarlo.

—Pero Stanley… —empecé a protestar.

Stanley se llevó un dedo a los labios.

—No se lo digas, Jodie. A tu abuelo no le gusta que lo inquieten. Yo me ocuparé del espantapájaros. Tengo el libro. —Con el dedo dio unas palmaditas al enorme libro.

Pensé en decirle a Stanley que en realidad el espantapájaros no había sido otra cosa que una broma pesada de Sticks. Pero la abuela Miriam nos llamó a la mesa antes de que yo pudiera pronunciar palabra.

Stanley se llevó el libro de las supersticiones a la mesa. Cada

pocos bocados, cogía el libro grande y negro y leía unos cuantos párrafos.

Movía los labios mientras leía. Pero como yo estaba sentada al otro extremo de la mesa, no podía captar ni una palabra.

Sticks mantenía la mirada fija en su plato y apenas hablaba. Creo que se sentía muy avergonzado de que su padre leyera el libro de las supersticiones mientras cenaba.

Pero el abuelo Kurt y la abuela Miriam no dieron muestras de estar sorprendidos. Nos hablaban cariñosamente a Mark y a mí, y no dejaban de pasarnos más y más comida, como si no se dieran cuenta del comportamiento de Stanley.

Tenía muchas ganas de contarle al abuelo Kurt la forma en que Sticks estaba intentando asustarnos a Mark y a mí, pero decidí hacer caso a Stanley y no preocupar a mi abuelo.

Además, yo podía vérmelas con Sticks si era necesario. Él se creía muy duro, pero yo no le tenía ni pizca de miedo.

Stanley seguía leyendo, mascullando palabras, mientras la abuela Miriam lavaba los platos. Mark y yo la ayudamos. Luego nos volvimos a sentar, cuando la abuela Miriam trajo a la mesa un gran pastel de cerezas.

—Es raro —me susurró Mark mirando el pastel.

Tenía razón.

—¿No era el pastel de manzana el que le gustaba al abuelo Kurt? —pregunté bruscamente.

La abuela Miriam me dirigió una sonrisa tensa.

—Aún no es tiempo de manzanas —murmuró.

—¿Pero el abuelo Kurt no es alérgico a las cerezas? —preguntó Mark.

La abuela Miriam empezó a cortar el pastel con un cuchillo de plata que tenía para eso.

—A todo el mundo le gusta el pastel de cerezas —contestó, concentrándose en su tarea. Luego alzó la vista hacia Stanley—. ¿Verdad, Stanley?

Stanley miró por encima de su libro y sonrió.

—Es mi preferido —respondió—. La abuela Miriam siempre hace mis comidas preferidas.

Después de cenar, el abuelo Kurt se negó de nuevo a contarnos una historia de terror a Mark y a mí.

Nos hallábamos sentados alrededor de la chimenea, contemplando las crepitantes llamas amarillas. Aunque había hecho mucho calor, por la tarde había refrescado y habían encendido un fuego agradable y acogedor.

El abuelo Kurt estaba en su balancín junto a la chimenea, meciéndose lentamente.

A él siempre le había gustado contemplar el fuego y contarnos alguna de sus historias terroríficas. Se podían ver las llamas crepitantes reflejadas en sus ojos azules. Y su voz iba disminuyendo gradualmente de intensidad a medida que se intensificaba el terror en el cuento.

Pero esta noche se encogió de hombros cuando le pedí que nos contara un cuento. Contemplaba abstraído el enorme oso disecado que se alzaba sobre el pedestal apoyado en la pared. Luego miró a Stanley, que estaba al otro extremo de la sala.

—Ojalá supiera alguna historia realmente interesante —respondió el abuelo Kurt, suspirando—. Pero no sé ninguna nueva.

Un poco más tarde, Mark y yo subimos lentamente a nuestros dormitorios.

—¿Qué le pasa? —murmuró Mark mientras subíamos.

Agité la cabeza.

—No tengo ni idea —dije.

—Parece tan… distinto —comentó Mark.

—Aquí todo el mundo lo parece —dije, mostrándome de acuerdo—. Excepto Sticks. Aún sigue intentando asustar a «los niños de ciudad».

—Pasemos de él —sugirió Mark—. Hagamos como que no lo vemos correr de un lado a otro con ese estúpido disfraz de espantapájaros.

Estuve de acuerdo. Luego le di las buenas noches y me dirigí a mi habitación.

«Olvídate de los espantapájaros», pensé mientras extendía las mantas sobre la cama.

«Olvídalos por completo. No voy a volver a pensar en los espantapájaros», me dije.

«Por mí, como si Sticks se tira al arroyo.»

Después de meterme en la cama, me subí el edredón hasta la barbilla. Estaba tumbada de espaldas mirando las grietas del techo e imaginando el dibujo que formaban. Había tres grietas dentadas. Parecían rayos.

Si entrecerraba los ojos, podrían tomar el aspecto de un viejo con barba.

Bostecé. Tenía un sueño tremendo pero no conseguía dormirme.

Era sólo mi segunda noche en la granja. Siempre me cuesta un poco adaptarme a un lugar nuevo y dormir en una cama diferente.

Cerré los ojos. A través de la ventana abierta oía los suaves mugidos de las vacas del establo.

Y oía el murmullo del viento cuando rozaba las altas plantas de maíz.

Tenía la nariz completamente tapada. Pensé: «seguro que esta noche ronco. Si es que logro dormirme…»

Intenté contar ovejas. La cosa no funcionó, así que probé a contar vacas. Vacas grandes, enormes, saltando, moviéeeeendose despaaaaacio. Conté ciento doce antes que convencerme de que eso tampoco funcionaba.

Me volví de un lado. Al cabo de unos minutos, me giré del otro.

Me encontré pensando en Shawana, mi mejor amiga. Me preguntaba si Shawana se lo estaría pasando bien en el campamento.

Pensé en otros amigos. La mayoría de ellos se pasaban el verano holgazaneando, sin hacer nada especial.

Cuando consulté el reloj, me sorprendí al ver que eran casi las doce. «Tengo que dormirme —pensé—. Si no consigo dormir, mañana estaré hecha polvo.»

Me coloqué boca arriba y me subí de nuevo el edredón hasta la barbilla. Cerré los ojos y traté de no pensar en nada. Sólo espacio vacío, negro. Espacio vacío, infinito.

Lo siguiente que recuerdo es que oía crujidos.

Al principio no les hice caso. Pensé que las cortinas estaban golpeando la ventana abierta.

«Tengo que dormirme —me dije—. Tengo que dormirme.»

Los crujidos se hicieron más intensos. Más cercanos.

Oí un chirrido.
¿Venía de fuera de la ventana?
Abrí los ojos. Había unas sombras danzando por el techo. Me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración.
Escuché atentamente.
Otro crujido. Más chirridos. Chirridos secos.
Oí un tenue gruñido.
—¿Eh? —De mis labios se escapó un jadeo entrecortado.
Me apoyé contra la cabecera de la cama y me subí el edredón hasta la barbilla, agarrándolo con fuerza con las dos manos.
Oí más chirridos. Sonaban como papel de lija.
De repente la oscuridad se hizo mayor.
Vi algo que se acercaba a la ventana. Una figura oscura, tapando la luz de la luna.
—¿Quién… quién está ahí? —intenté gritar. Pero mi voz salió como un susurro sofocado.
Veía una cabeza entre sombras, negra y recortada contra el cielo de color púrpura.
Siguió subiendo. Hombros oscuros seguidos por un pecho aún más oscuro. Negro contra negro.
Una sombra silenciosa deslizándose en mi habitación.
—¡So… soocorro! —Mi voz salió de nuevo como un susurro sofocado.
Mi corazón había cesado de latir. No podía respirar. Me ahogaba.
La sombra apartó las cortinas y se deslizó en mi habitación.
Sus pies crujieron sobre el suelo desnudo.
Rac. Rac. Rac.
Se acercó lentamente con movimientos seguros hacia mi cama.
Luché por levantarme.
Demasiado tarde.
Se me enredaron los pies en el edredón.
Me caí al suelo, aterrizando violentamente sobre los codos.
Levanté la vista y lo vi acercarse.
Abrí la boca para gritar cuando salió de las sombras.
Y entonces lo reconocí. Reconocí su rostro.
—¡Abuelo Kurt! —grité—. Abuelo Kurt, ¿qué haces aquí? ¿Por

qué has entrado por la ventana?

No contestó. Sus fríos ojos azules me miraron. Todo su rostro se contrajo y frunció el ceño, amenazador.

Y en ese instante alzó sus brazos por encima de mí.

Y comprobé que no tenía manos.

De las mangas de su chaqueta salieron puñados de paja.

Sólo paja.

—¡¡Abuelo!! ¡¡No!! —chillé.

14

—¡Abuelo… por favor… no! —grité mientras él bajaba sus brazos de paja hacia mí.

Me enseñó los dientes como si fuera un perro furioso y dejó escapar un aullido agudo y terrorífico.

Las manos de paja descendieron para cogerme.

El rostro del abuelo Kurt era el mismo. Era el rostro que me resultaba tan familiar desde siempre. Pero sus ojos eran muy fríos, muy fríos y muertos.

Las manos de paja me rozaron la cara cuando me puse en pie. Retrocedí un paso, levantando las manos para protegerme.

—Abuelo… ¿qué pasa? ¿Qué ocurre? —susurré.

Me latían las sienes. Me temblaba todo el cuerpo.

Sus fríos ojos se entrecerraron llenos de ira cuando intentó alcanzarme de nuevo.

—¡Nooo! —Lancé un gemido de horror. Luego me dirigí a la puerta, tambaleándome.

Sus pies chirriaban sobre el suelo desnudo a medida que se acercaba con paso vacilante hacia mí. Vi la paja que le salía por debajo de los pantalones.

Sus pies… también eran de paja.

—¡Abuelo Kurt! ¡Abuelo Kurt! ¿Qué sucede? —¿Era ésta de verdad mi voz, tan aguda y asustada?

Balanceó un brazo. La paja me arañó la espalda como si me estuvieran barriendo por encima.

Agarré el pomo de la puerta. Le di la vuelta y abrí.

Grité de nuevo cuando choqué con la abuela Miriam.

—¡Socorro! ¡Por favor, ayúdame! ¡Abuela Miriam… él me está persiguiendo! —grité.

Se me quedó mirando, sin cambiar de expresión.

Pude ver su rostro en la tenue luz del pasillo.

Y vi que las gafas no eran de verdad, sino que estaban pintadas.

Y los ojos. Y la boca. Y la narizota redonda.

Toda su cara estaba pintada.

—¡No eres de verdad! —grité.

Y entonces la oscuridad se apoderó de mí cuando las manos de paja del abuelo Kurt me rodearon el rostro.

15

Me desperté tosiendo y ahogándome.

Rodeada de oscuridad. De densa oscuridad.

Tardé unos segundos en darme cuenta de que había estado durmiendo con la almohada encima de la cara.

La tiré a los pies de la cama y me incorporé respirando con pesadez. Tenía la cara ardiendo y el camisón pegado a la espalda, de sudor.

Miré hacia la ventana, temiendo de pronto que una figura oscura apareciera por ella.

Las cortinas se agitaron suavemente. El cielo del amanecer todavía estaba gris.

Oí el chillido estridente de un gallo.

Un sueño. Sólo había sido una pesadilla terrorífica.

Respiré hondo, expulsé el aire despacio y puse los pies en el suelo.

A través de la ventana contemplé la luz gris de la mañana. «Sólo ha sido un sueño. Cálmate, Jodie. Sólo ha sido un sueño.»

Oí que alguien andaba por el piso de abajo. Corrí hacia el armario y saqué ropa limpia: unas bermudas tejanas descoloridas y una camiseta azul sin mangas.

Tenía los ojos llorosos. Lo veía todo borroso. Esta mañana me sentía peor de la alergia.

Me acerqué a la ventana, frotándome los ojos, y miré hacia fuera. Un sol como una bola roja empezaba a asomar por encima del enorme manzano. El abundante rocío de la mañana arrancaba

destellos de la hierba del patio, como si se tratase de esmeraldas.

El mar de maíz se alzaba oscuro detrás de la hierba. Los espantapájaros estaban rígidos por encima de las plantas de maíz, con los brazos extendidos como si dieran la bienvenida a la mañana.

El gallo volvió a cantar.

«Qué pesadilla tan estúpida», pensé. Me sacudí como si tratara de expulsarla de mi memoria. Luego me peiné el pelo y bajé corriendo a desayunar.

Mark estaba entrando en la cocina cuando llegué. Encontramos a la abuela Miriam sentada sola, desayunando. Una tetera humeaba frente a ella mientras contemplaba la luz de la mañana por la ventana.

Se volvió cuando entramos y nos sonrió.

—Buenos días. ¿Habéis dormido bien?

Estuve tentada de contarle mi espantosa pesadilla, pero en lugar de ello le pregunté:

—¿Dónde está el abuelo Kurt? —Me quedé mirando su silla vacía. El periódico yacía sin abrir encima de la mesa.

—Hoy han salido todos temprano —respondió la abuela Miriam. Se levantó, se dirigió hacia la despensa y volvió con una gran caja de cereales a la mesa. Con un gesto nos indicó que nos sentáramos en nuestros sitios—. Un día precioso —comentó alegremente.

—¿No hay tortitas? —preguntó bruscamente Mark.

La abuela Miriam se detuvo en mitad de la habitación.

—Me he olvidado por completo de cómo se hacen —respondió sin volverse.

Colocó dos tazones sobre la mesa y se dirigió al frigorífico en busca de la leche.

—Muchachos, ¿os apetece zumo de naranja? Acabo de hacerlo.

La abuela Miriam colocó el cartón de leche al lado de mi tazón. Me sonrió. Sus ojos se veían todavía apagados tras sus gafas cuadradas.

—Espero que lo estéis pasando bien —comentó con voz pausada.

—Nos divertiríamos si no fuera por Sticks —respondí con brusquedad.

Pareció sorprendida.

—¿Sticks? —preguntó.

—Está intentando asustarnos otra vez —contesté.

—Ya sabéis como es Sticks —respondió suavemente la abuela Miriam.

Con ambas manos se arregló el cabello teñido de rojo.

—¿Qué planes tenéis para hoy? —preguntó despreocupada—. Hace una mañana muy bonita para ir a montar. Antes de marcharse esta mañana, el abuelo Kurt y Stanley ensillaron a Betsy y Maggie, por si os apetecía montar a caballo.

—Puede ser divertido —le contesté—. ¿Tú que opinas, Mark? ¿Vamos antes de que haga demasiado calor?

—Como quieras —dijo Mark.

—Antes os gustaba mucho pasear a caballo cerca del arroyo —recordó la abuela Miriam, llevándose la caja de cereales.

Cuando se hallaba al otro extremo de la cocina, observé su cabello rojo, rizado, sus brazos regordetes, su bata floreada.

—¿Te encuentras bien, abuela Miriam? —le pregunté. Las palabras me salieron a borbotones de la boca—. ¿Todo va bien por aquí?

Ella no contestó. En lugar de ello, bajó la vista y rehuyó mi mirada.

—Id a montar a caballo —sugirió dulcemente—. No os preocupéis por mí.

El abuelo Kurt siempre llamaba a Betsy y a Maggie las «viejas yeguas grises». Supongo que la razón era que las dos eran viejas y las dos eran grises. Y se ponían de un pésimo humor cuando Mark y yo nos encaramábamos en las sillas de montar y las obligábamos a salir del establo.

Eran perfectas para nosotros, «los niños de ciudad». La única ocasión que teníamos de montar a caballo era durante nuestros veranos en la granja. Así que no éramos precisamente los mejores jinetes del mundo.

Íbamos dando botes sobre las dos viejas yeguas. A pesar de cabalgar tan despacio, yo apreté las rodillas contra los ijares de Betsy y me agarré al saliente de la silla de montar como si me estuviera jugando la vida.

Fuimos por el camino de tierra que discurría a lo largo de los

maizales y se adentraba en el bosque. El sol seguía elevándose en el firmamento amarillo y brumoso, pero el aire ya estaba caliente y pegajoso.

Algunas moscas zumbaban a mi alrededor mientras cabalgaba dando saltos sobre Betsy. Quité una mano de la silla de montar para apartar una enorme mosca que se había posado sobre el lomo de Betsy.

Algunos espantapájaros nos miraron cuando pasamos en las yeguas junto a ellos. Sus ojos negros nos miraban feroces desde debajo de sus sombreros ajados.

Mark y yo no dijimos ni palabra. Estábamos manteniendo nuestra promesa de no hablar de los espantapájaros.

Dirigí la vista hacia el bosque y tiré un poco de las riendas, apremiando a Betsy para que caminara un poco más deprisa. Ella no me hizo el menor caso, por supuesto, y continuó avanzando por el camino con su paso lento y uniforme.

—¿Tú crees que estas yeguas aún pueden trotar? —gritó Mark, que se hallaba unos cuantos pasos detrás de mí en aquel camino angosto de tierra.

—¡Vamos a intentarlo! —le contesté a gritos, tirando con más fuerza de las riendas. Hundí los talones en los flancos de Betsy—. ¡Vamos, chica… vamos! —le apremié gritando, golpeándola suavemente con las riendas—. ¡Uuuuau! —Proferí un grito de alegría cuando la vieja yegua, obediente, empezó a trotar. Nunca hubiera pensado que ella colaborara.

—¡Qué guay! —oí exclamar a Mark detrás de mí.

Los cascos de las yeguas resonaron ruidosamente sobre el camino cuando empezaron a coger velocidad. Yo iba dando grandes saltos sobre la silla de montar, agarrándome con fuerza, perdiendo el equilibrio y empecé a pensar si esto había sido realmente una idea tan buena.

No me dio tiempo a lanzar un grito cuando la figura oscura apareció precipitadamente en medio del camino.

Todo ocurrió demasiado deprisa.

Betsy iba trotando a mucha velocidad. Yo brincaba sobre la silla, rebotando con tanta fuerza que mis pies se salieron de los estribos.

La figura oscura dio un salto y se situó justo delante de nosotros.

Betsy relinchó asustada y se encabritó.

En el momento en que empecé a caer, vi inmediatamente lo que había saltado al camino.

Era un espantapájaros sonriente.

16

Betsy se levantó, lanzando un sonoro relincho.

Intenté agarrar las riendas, pero se me resbalaron.

El cielo pareció dar vueltas por encima de mí, y luego se fue inclinando.

Resbalé hacia atrás, fuera de la silla, y me puse a patalear frenéticamente en un intento por recuperar los estribos, que se agitaban.

El cielo se inclinó aún más.

Me caí al suelo con un fuerte golpe en la espalda.

Sólo recuerdo la conmoción por la forma tan brusca de caer, por la sorpresa al comprobar lo duro que estaba el suelo y por el dolor tan atroz que de repente me recorrió todo el cuerpo.

El cielo se volvió de un rojo vivo, de un escarlata resplandeciente. Fue como una explosión.

Y luego el color escarlata se fue desvaneciendo para convertirse en un negro intenso, intenso, infinitamente intenso.

Oí gemidos débiles antes de abrir los ojos.

Reconocí la voz de Mark.

Con los ojos aún cerrados, abrí la boca para llamarlo. Mis labios se movieron, pero de mi boca no salió ningún sonido.

—¡Ohhh! —Otro gemido débil de Mark, no lejos de mí.

—¿Mark…? —me esforcé en llamarle con voz ahogada. Me dolía la espalda. Tenía los hombros magullados. Me latía la cabeza.

Me hace daño todo el cuerpo.

—La muñeca, creo que me la he roto —gimió Mark con voz

aguda y atemorizada.

—¿También te has caído? —pregunté.

—Sí, también me he caído —gruñó.

Finalmente abrí los ojos.

Y vi el cielo brumoso.

Todo estaba borroso. Todo era una neblina acuosa.

Miré hacia arriba.

Y entonces vi una mano recortada contra el cielo. Una mano que iba descendiendo hacia mí.

Una mano huesuda que salía de la manga de un pesado abrigo negro.

La mano del espantapájaros, comprobé con impotencia.

«La mano del espantapájaros que baja para agarrarme.»

17

La mano me agarró por el hombro.

Demasiado aterrorizada para gritar, demasiado atontada para pensar con claridad, mis ojos siguieron la manga del abrigo negro… hasta el hombro… hasta el rostro.

Borroso. Todo estaba horriblemente borroso.

Y entonces el rostro se fue distinguiendo con más claridad.

—¡Stanley! —grité.

Se inclinó hacia mí, sus orejas rojas ardiendo y su rostro contraído por una enorme preocupación.

Me apretó suavemente el hombro.

—Jodie, ¿te encuentras bien?

—¡Stanley… eres tú! —exclamé llena de alegría. Me senté—. Creo que estoy bien. No lo sé. Me duele todo.

—Una mala caída —comentó Stanley con cariño—. Yo estaba en el campo. Y lo vi. Vi al espantapájaros…

Su voz se desvaneció. Seguí su mirada aterrorizada que se dirigía por encima de mí hacia el camino de tierra.

El espantapájaros yacía tumbado boca abajo en medio del camino.

—Lo vi saltar —dijo Stanley con un estremecimiento que agitó todo su cuerpo.

—Mi muñeca… —gimió Mark desde muy cerca.

Me volví cuando Stanley se fue corriendo hacia él. Mark estaba sentado sobre la hierba que había junto al camino, y se agarraba la muñeca.

—Mira… se está hinchando —se quejó.

—¡Oh, qué mala suerte! ¡Qué mala suerte! —dijo Stanley, agitando la cabeza.

—Quizá sólo sea una torcedura —sugerí.

—Sí —contestó Stanley rápidamente, aprobando mi sugerencia —. Será mejor que vayamos a casa y te pongamos hielo en la muñeca. ¿Puedes volver a montar a Maggie? Yo me sentaré detrás de ti.

—¿Dónde está mi yegua? —pregunté, escudriñando el camino en ambas direcciones. Me puse en pie con dificultad.

—Ha vuelto galopando al establo —contestó Stanley, señalando hacia la cuadra—. ¡Hacía muchos años que no la había visto cabalgar tan velozmente!

Lanzó una mirada al espantapájaros y se estremeció de nuevo.

Di unos cuantos pasos y estiré los brazos y la espalda.

—Estoy bien —le dije—. Ayuda a Mark a montar. Yo volveré andando.

Afanosamente, Stanley empezó a ayudar a Mark a levantarse. Comprendí que Stanley deseaba alejarse de allí, alejarse del espantapájaros, tan deprisa como le fuera posible.

Los observé mientras cabalgaban por el camino en dirección a la casa. Stanley iba detrás de Mark, sobre la silla de montar, sosteniendo las riendas, manteniendo Maggie un paso lento y dócil. Mark llevaba la muñeca apoyada sobre el pecho e iba recostado en Stanley.

Extendí de nuevo los brazos por encima de la cabeza, tratando de estirar la espalda para que me desapareciese el dolor. Me dolía la cabeza. Pero por lo demás, no me encontraba mal.

—Supongo que he tenido suerte —murmuré en voz alta.

Lancé una intensa mirada al desgarbado espantapájaros, tendido boca abajo en medio del camino. Con cautela le pasé por encima y le di un empujón en el costado con la punta de la zapatilla.

La paja que había bajo el abrigo crujió.

Le di un empujón más fuerte, hundiendo con fuerza la zapatilla en el tronco del espantapájaros.

No sé lo que esperaba que ocurriera. ¿Pensaba acaso que el espantapájaros se pondría a gritar, o que intentaría huir?

Con un grito de rabia, le propiné una patada. Una patada fuerte.

Le di otra patada.

La cabeza de arpillera rebotó sobre el suelo, pero su sonrisa fantasmagórica siguió dibujada en su rostro.

«Es sólo un espantapájaros —me dije— y la última patada le ha hecho salir la paja del abrigo.»

Sólo un espantapájaros que Sticks había lanzado en medio del camino.

«Mark y yo podríamos habernos matado», pensé para mis adentros.

«Hemos tenido suerte de que no haya sido así. Sticks. Ha tenido que ser Sticks. Pero, ¿por qué?»

Esto no había sido una broma.

¿Por qué iba a querer Sticks hacernos daño?

18

Ni Stanley ni Sticks comieron con nosotros. El abuelo Kurt dijo que habían tenido que ir al pueblo a buscar provisiones.

La muñeca de Mark sólo estaba torcida. La abuela Miriam le colocó una bolsa de hielo encima y la hinchazón fue desapareciendo. Sin embargo, Mark no hacía más que quejarse. Realmente estaba haciendo una montaña de su torcedura.

—Me parece que tendré que estar una semana estirado en el sofá, viendo la tele —gimió.

La abuela Miriam nos sirvió bocadillos de jamón y ensalada casera de col cruda. Mark y yo engullimos rápidamente la comida. Toda aquella agitación nos había abierto un apetito feroz.

Mientras comíamos decidí explicarle al abuelo Kurt todo lo que había sucedido. Ya no podía callármelo por más tiempo.

Le conté que Sticks hacía mover los espantapájaros por la noche y que intentaba aterrorizarnos haciéndonos creer que los espantapájaros estaban vivos.

Capté un destello de temor en los azules ojos del abuelo Kurt. Pero luego se frotó las mejillas cubiertas de pelo blanco e hirsuto, y se quedó como abstraído.

—Sticks y sus bromitas —dijo finalmente mientras le aparecía una amplia sonrisa en el rostro—. Seguro que ese chico disfruta con sus bromas.

—No son bromas —insistí—. Nos está intentando asustar de verdad, abuelo.

—¡Esta mañana nos podríamos haber matado! —terció Mark,

con la mayonesa resbalándole por la barbilla.

—Sticks es un buen chico —murmuró la abuela Miriam. Ella también sonreía, y los dos se intercambiaron miradas.

—Sticks nunca os haría daño —aseguró el abuelo Kurt con dulzura—. Sólo le gusta divertirse.

—¡Vaya diversión! —murmuré con sarcasmo, poniendo los ojos en blanco.

—Sí, vaya diversión —gruñó Mark—. ¡Casi me rompo la muñeca!

El abuelo Kurt y la abuela Miriam se limitaron a sonreírnos. Tenían los rostros tan petrificados como las caras pintadas de los espantapájaros.

Después de comer, Mark se hundió en el sofá donde había planeado pasar el resto de la tarde viendo la tele. Le encantaba tener una excusa para no tener que salir.

Oí la camioneta de Stanley, que se detenía. Decidí ir al encuentro de Sticks y decirle lo hartos que estábamos ya de sus estúpidos trucos con los espantapájaros.

No creía que sus bromas fueran sólo para divertirse. Yo pensaba que realmente estaba intentando asustarnos o hacernos daño, y quería descubrir el motivo.

No vi ni a Sticks ni a Stanley en el patio, así que me dirigí a través de la hierba hacia la casa de invitados donde vivían.

Era un día bonito, cálido. El cielo estaba claro y brillante. El aire despedía un olor fragante y fresco.

Sin embargo, yo era incapaz de disfrutar del sol. Sólo pensaba en decirle a Sticks lo furiosa que estaba.

Llamé a la puerta de la casa de los invitados. Respiré profundamente y sacudí la melena hacia atrás, intentando oír alguna señal de vida procedente del interior.

Probé de imaginar lo que le iba a decir a Sticks. Pero estaba demasiado furiosa para seguir un plan. El corazón me empezó a latir con fuerza. Me di cuenta de que me costaba respirar.

Llamé de nuevo a la puerta, esta vez con más fuerza.

No había nadie dentro.

Miré hacia los maizales. Las plantas, vigiladas por los espantapájaros inmóviles, estaban tiesas. Ni rastro de Sticks.

Desde la casa de los invitados me dirigí cruzando la hierba hacia el granero, pensando que Sticks tal vez estuviera allí.

Llegué sin prisas. Dos cuervos enormes estaban dando saltitos por el suelo, frente a las puertas abiertas del granero. Batieron con fuerza las alas y se apartaron de mi camino revoloteando.

—¡Eh! ¿Sticks? —vociferé sin aliento mientras entraba.

No hubo respuesta.

El granero estaba oscuro. Esperé hasta que mis ojos se hubieron adaptado a la oscuridad.

Recordé mi última e inquietante visita al granero y entré con reservas; mis zapatillas hacían crujir la paja del suelo.

—¿Sticks? ¿Estás ahí? —le llamé, con la mirada fija en las profundas sombras.

Junto a las balas de paja había una máquina de embalar oxidada y una carretilla inclinada contra la pared. Nunca las había visto hasta entonces.

—Supongo que no está aquí —deduje en voz alta.

Pasé por delante de la carretilla y vi otra cosa que tampoco me había llamado nunca la atención: una pila de abrigos viejos sobre el suelo del granero. Junto a ellos se habían amontonado sacos de arpillera vacíos.

Levanté uno. Tenía una cara ceñuda pintada con pintura negra. Dejé caer el saco sobre el montón.

Imaginé que serían los suministros para los espantapájaros de Stanley.

¿Cuántos espantapájaros más tenía pensado construir?

Entonces me fijé en algo que había en el rincón. Avancé rápidamente por encima de la paja. Luego me incliné para examinar lo que había visto.

Antorchas. Al menos una docena de antorchas apiladas en el rincón, ocultas por la oscuridad. Cerca de ellas localicé una gran botella de petróleo.

«¿Qué diablos hace esto aquí?», me pregunté.

De repente oí un crujido. Vi sombras que se deslizaban contra otras sombras.

Y me di cuenta de que, una vez más, volvía a no estar sola.

Me incorporé de un salto.

—¡Sticks! —chillé—. Me has asustado.

Su rostro se hallaba medio oculto en la oscuridad. Le caía el cabello negro sobre la frente. No sonrió.

—Te lo advertí —dijo en tono amenazador.

19

Salí del rincón, con el miedo subiéndome por la garganta, y pasé por delante de él hasta llegar a la luz procedente de la puerta.

—Te… te estaba buscando —tartamudeé—. Sticks, ¿por qué intentas asustarnos a Mark y a mí?

—Os lo advertí —replicó, bajando la voz hasta convertirla en un murmullo—. Os advertí que os alejaseis de aquí, que volvieseis a vuestra casa.

—Pero, ¿por qué? —pregunté—. ¿Qué te pasa, Sticks? ¿Qué te hemos hecho? ¿Por qué intentas asustarnos?

—No lo estoy haciendo —respondió Sticks. Lanzó una nerviosa mirada hacia atrás, hacia las puertas del granero.

—¿Qué? —contesté atónita.

—No intento asustaros. De verdad —insistió.

—Mentiroso —dije furiosa—. ¿Me has tomado por una imbécil? Yo sé perfectamente que has sido tú el que esta mañana nos ha arrojado aquel espantapájaros en el camino. Has tenido que ser tú, Sticks.

—Te aseguro que no sé de qué me estás hablando —insistió fríamente—. Pero te aviso…

Un sonido procedente de la entrada le hizo callarse.

Vimos a Stanley, que entraba en el granero. Se protegió los ojos con la mano mientras se adaptaban a la oscuridad.

—Sticks, ¿estás ahí dentro? —preguntó.

El rostro de Sticks se contrajo con temor repentino.

Profirió un sonido grave.

—Me… me tengo que marchar —me susurró tenso. Se dio la vuelta y empezó a correr hacia Stanley—. Estoy aquí, papá —gritó—. ¿Ya está preparado el tractor?

Los observé salir apresuradamente del granero. Sticks no miró hacia atrás.

Permanecí en la oscuridad, con los ojos fijos en la entrada vacía, concentrándome en mis pensamientos.

«Sé que Sticks me ha estado mintiendo», pensé.

«Sé que él hizo que los espantapájaros se movieran durante la noche. Sé que se disfrazó de espantapájaros para asustarme en el bosque y en el granero. Y sé que ha sido él el que esta mañana ha arrojado el espantapájaros delante de las yeguas. Sé que trata de aterrorizarnos a Mark y a mí. Pero ya basta», decidí.

«Ha llegado la hora de la venganza. Ahora le toca a Sticks tener miedo. Miedo de verdad.»

20

—¡No puedo hacerlo! —protestó Mark.

—Por supuesto que puedes —le aseguré—. Va a ser chulísimo.

—Pero me vuelve a doler la muñeca —se quejó—. Ahora mismo me ha empezado a doler. No puedo usarla.

—No hay problema —le contesté—. No tendrás que usarla.

Empezó a protestar un poco más, pero entonces apareció una sonrisa en su rostro y se le iluminaron los ojos de alegría.

—Es una idea bastante chula —admitió riendo.

—Claro que es una idea chula —repliqué—. ¡Se me ha ocurrido a mí!

Estábamos en la entrada del granero. La luz blanca de la luna llena resplandecía sobre nosotros. Los búhos ululaban en algún lugar cercano.

Era una noche fresca y despejada. La hierba lanzaba destellos de rocío. Un viento suave hacía susurrar los árboles. La luz de la luna era tan luminosa que podía distinguir hasta las briznas de hierba.

Cuando el abuelo Kurt y la abuela Miriam se hubieron acostado, saqué a Mark de casa y lo llevé a empujones por todo el patio hasta llegar al granero.

—Espérate aquí —le ordené—. Luego entré en el granero para coger lo que necesitábamos.

El granero durante la noche era oscuro, pavoroso. Oí un suave aleteo arriba, en las vigas.

Probablemente era un murciélago.

Tenía las zapatillas mojadas por la hierba. Me deslicé por la paja

del suelo.

El murciélago bajó en picado hasta la altura de mi cabeza. Oí un sonido agudo entre las vigas. Más murciélagos.

Agarré uno de los grandes abrigos viejos que estaban allí apilados. Luego estiré uno de los sacos de arpillera con la cara pintada y lo lancé por encima del abrigo.

Hice caso omiso de los murciélagos aleteantes que cruzaban el granero una y otra vez y salí a toda prisa para reunirme con Mark.

Le expuse mi plan para vengarnos de Sticks.

En realidad se trataba de un plan muy sencillo: vestiríamos a Mark de espantapájaros, y Mark se situaría entre los demás espantapájaros en el maizal.

Yo iría a la casa de los invitados a buscar a Sticks. Le diría que había visto algo raro en el campo. Llevaría a Sticks hasta el campo. Mark empezaría a andar, tambaleándose en dirección a Sticks, y éste se asustaría tanto que le entrarían cagarrinas.

Un plan sencillo. Y muy bueno.

Además, Sticks se lo merecía.

Coloqué el saco de arpillera sobre la cabeza de Mark. Los ojos negros pintados me miraron. Me agaché, cogí un puñado de paja y empecé a rellenar el saco.

—¡Basta de retorcerte! —reñí a Mark.

—¡Pero es que la paja me pica! —se quejó.

—Ya te acostumbrarás —dije. Lo cogí por los hombros—. Estáte quieto. No te muevas —le ordené.

—¿Para qué necesito la paja? —gimió.

—Mark, tienes que parecerte a los demás espantapájaros para que Sticks se lo trague.

Rellené la cara de arpillera con la paja. Luego sujeté el abrigo viejo para que Mark se lo pusiera.

—¡No puedo hacerlo! —sollozó. ¡Me voy a morir de picor! ¡No puedo respirar!

—Puedes respirar perfectamente —respondí—. Rellené de paja las mangas. Tuve el cuidado de dejar puñados de paja colgando de los puños y cubriendo las manos de Mark. Luego rellené el interior del abrigo con más paja.

—¿Te quieres estar quieto? —le advertí con tono de enfado—.

Esto lleva mucho trabajo, ¿sabes?

Él iba gruñendo en voz baja mientras yo continuaba con mi trabajo.

—Piensa en lo que nos divertiremos cuando Sticks te vea y crea que eres un espantapájaros que está cobrando vida de verdad —dije.

Tenía paja pegada a las manos, paja por toda la pechera de la camiseta, y en los tejanos. Estornudé. Una. Dos veces. Soy alérgica a esto, no cabe la menor duda.

Pero no le di importancia. Estaba muy excitada. Estaba impaciente por ver la cara aterrorizada de Sticks. Estaba impaciente por vengarme de que él hubiera intentado asustarnos durante toda la semana.

—Necesito un sombrero —pidió Mark. Estaba allí de pie, rígido, temeroso de moverse bajo toda aquella paja.

—Hmmmm —reflexioné. Allí en el granero no había sombreros junto a los suministros de espantapájaros—. Le cogeremos uno a un espantapájaros de verdad —dije a Mark.

Retrocedí unos pasos para contemplar mi obra de arte. Mark se parecía bastante a un espantapájaros, pero todavía necesitaba más paja. Me puse manos a la obra y lo rellené de paja hasta conseguir que el abrigo viejo estuviera abultado.

—Ahora no te olvides de mantenerte erguido y rígido, con los brazos extendidos y tiesos —le instruí.

—No me va a quedar más remedio —se lamentó Mark—. ¡No puedo ni moverme!

—Estupendo —comenté—. Le arreglé la paja que le colgaba de las mangas y luego retrocedí unos pasos.

—¡Vale, ya estás listo! —dije.

—¿Qué aspecto tengo? —preguntó.

—El de un espantapájaros bajito —respondí.

—¿Soy demasiado bajo?

—No te preocupes, Mark —le tranquilicé, agarrándolo del brazo—. Voy a clavarte en una estaca.

—¿Qué?

Me reí.

—Has picado —dije—. Era broma.

Empecé a conducirlo hacia los maizales.

—¿Tú crees que va a funcionar? —preguntó Mark, caminando tieso—. ¿Tú crees que de verdad vamos a asustar a Sticks?

Asentí. Mi rostro se iluminó con una sonrisa malvada.

—Creo que sí —respondí—. Creo que Sticks se va a llevar un susto de muerte.

Nunca me hubiera imaginado que el susto nos lo íbamos a llevar todos…

21

Agarré el brazo de Mark con las dos manos y lo conduje hacia los maizales. La luna nos bañaba con su luz plateada. Los altos tallos de maíz se estremecían con la suave brisa.

Mark se parecía tanto a un espantapájaros que daba miedo. Del cuello y de los puños del abrigo le salían puñados de paja. El abrigo viejo y enorme le colgaba de los hombros y le llegaba hasta casi las rodillas.

Entramos en el campo. Nuestras zapatillas crujían sobre la tierra seca mientras nos abríamos paso poco a poco a través de una fila estrecha.

Los tallos de maíz se alzaban por encima de nuestras cabezas. La brisa los hacía inclinarse sobre nosotros, como si trataran de cercarnos.

Proferí una exclamación entrecortada cuando oí algo que crujía en el suelo.

¿Tal vez pisadas?

Nos quedamos paralizados y nos pusimos a escuchar.

Los altos tallos se doblaban más y más a medida que el viento arreciaba. Al moverse lanzaban un sonido chirriante y fantasmal. Las mazorcas del maíz maduro se agitaban con fuerza.

Creeeec. Creeeec.

Los tallos se movían hacia atrás y hacia delante.

Entonces volvimos a oír aquel chirrido. Un leve crujido.

Muy cerca.

—¡Ay! ¡Suéltame! —susurró Mark.

De repente me di cuenta de que aún lo tenía agarrado del brazo y que se lo estaba apretando con fuerza.

Lo solté. Y me puse a escuchar.

—¿Lo oyes? —dije a Mark en voz baja—. ¿Ese crujido?

Creeeec. Creeeec.

Los tallos de maíz se inclinaban sobre nosotros, moviéndose con el viento.

Una ramita crujió tan cerca que casi di un salto.

Contuve la respiración. El corazón me latía con violencia.

Otro leve crujido. Bajé la vista hacia el suelo, tratando de seguir el rastro al sonido.

—¡Oh!

Una gran ardilla gris cruzó veloz la hilera y desapareció entre los tallos.

Solté una carcajada de alivio.

—Sólo era una ardilla —comenté—. Si no lo veo no lo creo.

Mark dio un gran suspiro de alivio desde debajo del saco de arpillera.

—Jodie, ¿nos ponemos en marcha? —preguntó impaciente—. ¡Esta cosa pica que no veas!

Alzó las manos y trató de rascarse la cara a través del saco. Pero yo le bajé los brazos rápidamente.

—¡Mark, basta! ¡Vas a estropearlo todo!

—¡Pero es que tengo la impresión de que me están reptando cien gusanos por la cara! —gimió—. Y no veo. Has hecho demasiado pequeños los agujeros para los ojos.

—Sólo tienes que seguirme —murmuré—. Y deja ya de quejarte. Tú quieres asustar a Sticks, ¿no?

Mark no contestó, pero me dejó que lo siguiera adentrando más en el maizal.

De repente una sombra negra se proyectó sobre nuestro camino.

Dejé escapar una exclamación aguda y entrecortada antes de darme cuenta de que era la sombra larga de un espantapájaros.

—¿Cómo está usted? —saludé, alargando la mano y estrechando la suya de paja—. ¿Me presta su sombrero?

Alargué el brazo y le quité el sombrero marrón y flexible de la cabeza de arpillera. Luego lo coloqué sobre la cabeza de arpillera de

Mark y lo hundí con fuerza.

—¡Eh…! —protestó Mark.

—No quiero que se te caiga —expliqué.

—Me sigue picando todo el cuerpo —gimió Mark—. ¿Me quieres rascar la espalda, por favor? ¡Me pica toda la espalda!

Froté unas cuantas veces con fuerza la espalda del abrigo viejo.

—Date la vuelta —le ordené. Lo inspeccioné por última vez.

Estupendo. Se parecía más a un espantapájaros que los mismos espantapájaros.

—Colócate aquí —le ordené, llevándolo hasta un pequeño claro situado entre dos filas de tallos de maíz.

—Muy bien. Ahora, cuando me oigas volver con Sticks, extiende los brazos. Y no muevas ni un músculo.

—Ya lo sé, ya lo sé… —gruñó Mark—. ¿Te crees que no sé lo que tengo que hacer para parecer un espantapájaros? Pero date prisa, ¿vale?

—Vale —contesté—. Me volví y empecé a caminar rápidamente por las hileras de tallos cimbreantes. Bajo mis zapatillas crujían la paja y las hojas secas.

Cuando llegué a la casa de invitados respiraba con dificultad. La entrada estaba oscura. Pero una tenue luz anaranjada brillaba detrás de la persiana bajada de la ventana.

Vacilé ante el umbral y escuché con atención. Dentro todo estaba en silencio.

¿Cómo me las iba a arreglar para que Sticks saliera solo, sin su padre?

No quería asustar a Stanley. Era un hombre estupendo a quien jamás se le ocurriría gastarnos bromas pesadas. Y yo ya sabía lo asustado e inquieto que podía llegar a estar.

Lo único que quería era aterrorizar a Sticks. Darle una buena lección. Que aprendiera que no tenía que meterse con nosotros porque fuéramos «niños de ciudad».

El viento me agitaba el pelo. Oía crujir los tallos de maíz detrás de mí, en los campos.

Me dio un escalofrío.

Respiré hondo y levanté el puño para llamar a la puerta.

Pero oí un ruido por detrás que me hizo girar en redondo.

—¡Eh! —exclamé con voz sofocada.

Alguien se estaba moviendo por entre la hierba, corriendo tambaleante. Yo tenía los ojos muy húmedos. Veía con mucha dificultad.

¿Era Mark?

Sí. Reconocí el sombrero flexible, el voluminoso abrigo oscuro que le llegaba hasta más abajo de las rodillas.

«¿Pero qué hace?», me pregunté mientras le veía acercarse.

«¿Por qué me está siguiendo? ¡Va a estropear la broma!»

Cuando estuvo más cerca, levantó una mano de paja como si me apuntara.

—Mark, ¿qué pasa? —susurré en voz alta.

Continuó gesticulando con su mano de paja mientras corría.

—Mark, vuelve al campo —siseé—. No tenías por qué haberme seguido. ¡Lo vas a estropear todo! Mark, ¿qué haces aquí?

Le hice un gesto con la mano para que volviera al maizal, pero él no me hizo caso y continuó acercándose, dejando un rastro de paja mientras corría.

—¡Mark! ¡Vuelve, por favor! —supliqué.

Pero él se detuvo frente a mí y me agarró por los hombros.

Y cuando miré hacia aquellos ojos fríos pintados de negro… comprobé horrorizada que no era Mark…

22

Lancé un grito estridente e intenté liberarme, pero el espantapájaros me estaba sujetando con mucha fuerza.

—Sticks, ¿eres tú? —grité con voz temblorosa.

No hubo respuesta.

Miré con atención los ojos vacíos, pintados, y comprobé que detrás no había ojos humanos.

Las manos de paja me rascaban la garganta.

Abrí la boca para gritar. Y de pronto se abrió la puerta de la casita de invitados.

—Sticks… —conseguí decir con voz ahogada.

Sticks salió al porche.

—¿Pero qué ocurre? —exclamó.

Saltó del porche, agarró al espantapájaros por los hombros del abrigo y lo arrojó al suelo.

El espantapájaros golpeó el suelo sin hacer ningún ruido. Yacía tendido boca arriba cuan largo era, contemplándonos con sus ojos vacíos.

—¿Quién… quién es? —grité, frotándome el cuello por la parte donde me habían raspado las manos de paja.

Sticks se inclinó y arrancó la cabeza de arpillera del espantapájaros.

No había nada debajo. Sólo paja.

—¡Es… es un espantapájaros de verdad! —vociferé horrorizada —. ¡Pero estaba andando!

—Te lo advertí —replicó Sticks en tono solemne, contemplando

la figura oscura decapitada que yacía en el suelo—. Te lo advertí, Jodie.

—¿Qué quieres decir, que no eras tú? —pregunté—. ¿No eras tú el que intentaba asustarnos a Mark y a mí?

Sticks hizo un gesto de negación con la cabeza y alzó sus ojos oscuros hasta encontrar los míos.

—Papá hizo que los espantapájaros cobraran vida —dijo con voz suave—. La semana pasada. Antes de que llegarais. Utilizó su libro. Recitó unas palabras y se movieron.

—¡Oh, no! —murmuré, cubriéndome el rostro con las manos.

—Todos estábamos aterrorizados —prosiguió Sticks—. Sobre todo tus abuelos. Suplicaron a papá que pronunciara las palabras adecuadas para quitar otra vez la vida a los espantapájaros.

—¿Lo hizo? —pregunté.

—Sí —respondió Sticks—. Les quitó de nuevo la vida. Pero primero insistió en que tus abuelos le prometieran que no se reirían de él nunca más, y que a partir de aquel momento harían todo lo que él quisiera.

Sticks respiró profundamente. Dirigió una mirada hacia la ventana de la casa de los invitados.

—¿No te has dado cuenta de lo distintas que son las cosas en la granja? ¿No te has dado cuenta de lo asustados que están tus abuelos?

Asentí solemnemente.

—Por supuesto que me he dado cuenta.

—Han intentado hacer feliz a papá —continuó Sticks—. Han hecho todo lo que estaba en su mano para evitar que se enfadara. Tu abuela sólo cocina sus platos preferidos. Tu abuelo ha dejado de explicar historias de terror porque a papá no le gustan.

Sacudí la cabeza.

—¿Tanto miedo le tienen?

—Temen que vuelva a recitar la fórmula del libro y vuelva a dar vida a los espantapájaros —respondió Sticks. Tragó saliva—. Pero hay un problema —murmuró.

—¿Cuál? —pregunté.

—Bueno, aún no se lo he dicho a papá, pero… —Su voz se desvaneció.

—¿Pero qué? —pregunté ansiosa.

—Algunos espantapájaros todavía están vivos —aclaró Sticks—. Algunos nunca han dejado de estarlo.

23

Lanzamos unos pequeños gritos cuando se abrió la puerta de la casa de par en par.

Di un salto, sobresaltada, y me alejé de la entrada.

Al abrirse la puerta se vislumbró un rectángulo de luz anaranjada. Vimos a Stanley iluminado por esa luz.

Se apoyó en la puerta y miró hacia fuera. Sus ojos parecían sorprendidos al posarse sobre Sticks y sobre mí. Pero luego se le salieron de las órbitas y su garganta emitió un sonido ahogado al ver al espantapájaros decapitado en el suelo.

—¡N… no! —balbuceó Stanley. Con un dedo tembloroso señaló al espantapájaros—. ¡A… anda! ¡El espantapájaros anda!

—¡No… papá! —gritó Sticks.

Pero Stanley no le oyó. Stanley ya se había metido de nuevo en la casa.

Sticks entró en su busca, pero Stanley reapareció en el portal. Al salir, vi que llevaba el gran libro de las supersticiones.

—¡Los espantapájaros andan! —vociferó Stanley—. ¡Tengo que encargarme de ellos! ¡Tengo que encargarme de ellos ahora mismo!

Tenía una mirada salvaje. Su cuerpo escuálido temblaba de arriba abajo. Se encaminó hacia los maizales, completamente enloquecido. Sticks intentó calmarlo.

—¡No, papá! —gritó desesperadamente, corriendo tras él—. ¡Han dejado el espantapájaros aquí! ¡He sido yo el que lo ha dejado aquí, papá! ¡No ha andado! ¡No ha andado!

Stanley continuó avanzando a grandes y rápidas zancadas. No

pareció oír a Sticks.

—¡Debo encargarme de ellos ahora! —declaró Stanley—. Tengo que ser el jefe. Haré que todos los demás vuelvan a cobrar vida y los controlaré.

Se volvió y miró a Sticks, que corría a toda prisa para alcanzarlo.

—¡Quédate ahí! —gritó Stanley—. ¡Quédate ahí hasta que yo pronuncie las palabras! ¡Luego puedes seguirme!

—¡Papá, por favor, escúchame! —rogó Sticks—. ¡Todos los espantapájaros están dormidos! ¡No los despiertes!

Finalmente Stanley se detuvo a unos cuantos metros del borde del maizal. Se volvió hacia Sticks y examinó su rostro.

—¿Estás seguro? ¿Estás seguro de que no están fuera de mi control? ¿Estás seguro de que no andan?

Sticks asintió.

—Sí. Estoy seguro, papá. Estoy completamente seguro.

El rostro de Stanley reflejó una gran confusión. Continuó mirando fijamente a Sticks, como si no le creyera.

—¿Entonces no tengo que recitar las palabras? —preguntó Stanley confuso, con la vista fija en las plantas de maíz, ondulantes —. ¿Entonces no tengo que encargarme de ellos?

—No, papá —respondió Sticks con dulzura—. Todos los espantapájaros están quietos. Llévate el libro y guárdalo. Los espantapájaros no se mueven.

Stanley suspiró aliviado y se colocó el libro bajo el brazo.

—¿Ninguno? —preguntó cautelosamente.

—Ninguno —respondió Sticks con voz tranquilizadora.

Y fue en ese momento cuando Mark, disfrazado completamente de espantapájaros, se decidió a salir del maizal, tambaleándose.

24

—¿Dónde has estado? —preguntó Mark.

Una mirada de terror se reflejó en los ojos de Stanley, que abrió la boca para proferir un alarido.

—¡Papá, por favor...! —suplicó Sticks.

Demasiado tarde.

Stanley salió disparado, se metió entre las plantas de maíz, con el enorme libro levantado frente a él.

—¡Los espantapájaros andan! ¡Están andando! —gritó.

Mark se ajustó el saco de arpillera.

—¿Lo hemos echado a perder? —gritó—. ¿Se ha terminado la broma? ¿Qué pasa?

No hubo tiempo para responderle.

Sticks se volvió hacia mí con expresión de pánico en el rostro.

—¡Tenemos que acabar con esto, papá! —gritó. Echó a correr hacia los cimbreantes tallos de maíz.

Stanley ya había desaparecido entre las altas hileras de maíz.

Mi alergia había empeorado. Me frotaba continuamente los ojos para ver con más claridad. Pero mientras seguía a Sticks, sólo veía un resplandor borroso de color gris y negro.

—¡Ay! —grité al meter un pie en un pequeño hoyo y caerme.

Mark, que estaba justo detrás de mí, casi se me echó encima.

Se agachó y me ayudó a levantarme. Había aterrizado con las dos rodillas y me daban pinchazos de dolor.

—¿Por dónde se han ido? —pregunté sin aliento, mirando hacia las ondulantes hileras oscuras de plantas de maíz chirriantes.

—¡No… no estoy seguro! —tartamudeó Mark—. ¿Qué pasa, Jodie? ¡Dímelo!

—¡Ahora no! —le dije—. Tenemos que detener a Stanley. Tenemos que…

La voz de Stanley, sonora y excitada, se alzó desde algún lugar cercano. Mark y yo nos quedamos paralizados cuando oímos las extrañas palabras que estaba recitando.

—¿Está leyendo algo de ese libro tan raro? —preguntó Mark.

Me dirigí sin responder hacia el lugar de donde procedía la voz de Stanley. Era fácil de seguir. Estaba recitando las extrañas palabras a pleno pulmón.

«¿Dónde estará Sticks?», me pregunté.

¿Por qué no había detenido a su padre?

Yo iba abriéndome paso frenéticamente por entre los altos tallos. Me movía a ciegas, tenía los ojos completamente húmedos. Iba apartando los tallos con las dos manos para poder pasar.

En un pequeño claro encontré a Stanley y a Sticks. Estaban frente a dos espantapájaros subidos sobre estacas.

Stanley tenía el libro a la altura del rostro mientras recitaba, siguiendo las palabras con el dedo.

Sticks estaba petrificado, con una mirada inexpresiva en el rostro contraído por el terror.

¿Acaso aquellas palabras le habían dejado petrificado de aquella manera?

Los espantapájaros permanecían rígidos sobre sus estacas. Sus ojos pintados y sin vida miraban desde debajo de sus sombreros negros flexibles.

Mark y yo entramos en el claro justo cuando Stanley finalizaba su cantinela. Cerró de golpe el enorme libro y se lo colocó bajo el brazo.

—¡Ahora empezarán a andar! —gritó Stanley excitado—. ¡Volverán a estar vivos!

De repente Sticks pareció regresar a la vida. Pestañeó varias veces y agitó con fuerza su cabeza como si tratara de despejarla.

Todos estábamos mirando a los dos espantapájaros, que nos devolvieron su mirada fija y sin vida.

Las nubes se alejaron flotando de la luna. Iba desapareciendo la

sombra que había sobre los maizales.

Yo miré hacia la luz pálida y espectral.

Un profundo silencio descendió sobre nosotros. El único sonido que oíamos era la respiración poco profunda de Stanley, sus jadeos tensos, mientras esperaba que su cantinela surtiese efecto, que sus espantapájaros cobrasen vida.

No recuerdo cuánto tiempo permanecimos allí sin mover un solo músculo, observando a los espantapájaros. Observando. Observando.

—No ha funcionado —se quejó Stanley finalmente—. Su voz sonaba triste y grave.

—He dicho algo mal. Las palabras… no han funcionado.

El rostro de Sticks se iluminó con una sonrisa. Me miró.

—¡No ha funcionado! —exclamó Sticks alegremente.

Y entonces oí el crec crec crec de la paja seca.

Y vi los hombros de los espantapájaros que empezaban a dar sacudidas. Y vi brillar sus ojos e inclinar sus cabezas hacia delante.

Crec crec crec.

La paja seca crujió ruidosamente cuando ambos se liberaron de sus estacas y descendieron en silencio al suelo.

25

—¡Corred a avisar a vuestros abuelos! —gritó Sticks—. ¡Deprisa! ¡Decidles lo que ha hecho mi padre!

Mark y yo miramos a los espantapájaros mientras estiraban los brazos y balanceaban sus cabezas de arpillera como si despertaran de un largo sueño.

—¡Mira, Jodie! —balbuceó Mark con un susurro ahogado. Señaló hacia los campos.

Me quedé boquiabierta de horror cuando vi lo que Mark estaba viendo.

Por todo el campo había espantapájaros enfundados en abrigos oscuros, estirándose, retorciéndose, descendiendo de las estacas.

Más de una docena, cobrando vida silenciosamente.

—¡Corred! —vociferaba Sticks—. ¡Corred! ¡Decídselo a vuestros abuelos!

Stanley se había quedado paralizado, sujetando el libro con las dos manos. Miraba estupefacto y agitaba la cabeza, disfrutando de su triunfo.

Sticks, con el rostro desfigurado por el terror, me dio un fuerte empujón en los hombros.

—¡Corre!

Los espantapájaros movían la cabeza adelante y atrás, y extendían sus brazos de paja. Los crujidos secos de la paja inundaban el aire de la noche.

Me obligué a apartar la vista de los espantapájaros. Mark y yo nos dimos la vuelta y empezamos a correr a través del maizal,

apartando los altos tallos con las dos manos. Llevábamos la cabeza inclinada hacia abajo y corríamos en un silencio cargado de pánico.

Seguimos corriendo por la hierba, pasamos frente a la casa de invitados y luego frente al granero silencioso y oscuro.

La granja se recortaba oscura y amenazadora ante nosotros. No había luz en las ventanas. Una tenue luz en el porche proyectaba un círculo amarillo sobre la parte trasera.

—¡Eh! —chilló Mark, señalando con el dedo.

Seguramente el abuelo Kurt y la abuela Miriam habían oído nuestros gritos en los maizales porque nos estaban esperando en el patio trasero.

Tenían un aspecto frágil y aterrorizado. La abuela Miriam se había puesto un albornoz de franela encima del camisón. Llevaba un pañuelo en la cabeza, que le cubría su pelo corto y rojizo.

El abuelo Kurt se había puesto el mono de trabajo encima del pijama.

Se apoyaba pesadamente en el bastón y agitó la cabeza cuando nos vio corriendo hacia ellos.

—¡Los espantapájaros…! —exclamé sin aliento.

—¡Están andando! —gritó Mark—. Stanley… él…

—¿Habéis hecho enfadar a Stanley? —preguntó el abuelo Kurt con los ojos muy abiertos por el miedo—. ¿Quién le ha hecho enfadar? ¡Nos prometió que no lo volvería a hacer! Lo prometió… si no le hacíamos enfadar.

—¡Ha sido un accidente! —contesté—. No era nuestra intención. ¡De verdad!

—Hemos hecho un esfuerzo tan grande para que Stanley fuera feliz… —comentó tristemente la abuela Miriam. Y se mordió el labio—. ¡Tan grande…!

—Pensé que no lo haría —dijo el abuelo Kurt sin quitar la vista de los maizales—. Pensé que lo habíamos convencido de que era demasiado peligroso.

—¿Por qué vas vestido así? —preguntó de pronto la abuela Miriam a Mark.

Estaba tan angustiada que me había olvidado por completo de que Mark todavía iba vestido de espantapájaros.

—Mark, ¿te has vestido así para asustar a Stanley? —preguntó la

abuela Miriam.

—¡No! —gritó Mark—. ¡Sólo queríamos hacer una broma! ¡Sólo una broma!

—Intentábamos asustar a Sticks —aclaré yo—. Pero cuando Stanley ha visto a Mark…

Mi voz se desvaneció cuando vi las figuras oscuras saliendo de los campos.

Bajo la luz plateada de la luna distinguí a Stanley y a Sticks. Corrían a toda prisa, inclinándose hacia delante. Stanley sostenía el libro delante de él. Resbaló y se cayó sobre la hierba húmeda.

Detrás de ellos venían los espantapájaros. Se movían con torpeza, con paso vacilante, bamboleándose en silencio.

Llevaban los brazos de paja extendidos hacia delante, como si trataran de agarrar a Stanley y a Sticks. Sus ojos negros y redondos brillaban inexpresivos a la luz de la luna.

Tambaleándose, dando tumbos, cayéndose, perseguían a Stanley y a Sticks. Una docena de figuras retorcidas enfundadas en abrigos y sombreros negros. Figuras que iban dejando caer puñados de paja mientras avanzaban.

La abuela Miriam me apretó el brazo, presa de pánico. Tenía la mano tan fría como el hielo.

Vimos caer a Stanley y luego gatear para levantarse.

Sticks lo ayudó a levantarse y continuaron corriendo hacia nosotros, aterrorizados.

Los espantapájaros silenciosos se iban acercando con paso vacilante, tambaleándose. Se iban acercando cada vez más.

—¡Ayúdennos, por favor! —nos suplicó Stanley.

—¿Qué podemos hacer? —oí susurrar tristemente al abuelo Kurt.

26

Los cuatro contemplamos con horror desesperado cómo los espantapájaros se iban acercando, persiguiendo a Stanley y a Sticks por el césped bañado por la luz de la luna.

La abuela Miriam seguía agarrada a mi brazo. El abuelo Kurt se inclinaba pesadamente hacia delante, apretando el puño de su bastón.

—¡No me obedecen! —gritó Stanley casi sin aliento. Se detuvo frente a nosotros, sosteniendo el libro con una mano.

Su pecho se hinchaba y deshinchaba mientras hacía esfuerzos por recobrar el aliento. A pesar de que la noche era fresca, le caían gotas de sudor por la frente.

—¡No me obedecen! ¡Tienen que obedecerme! ¡El libro lo dice! —gritó Stanley, agitando frenéticamente el libro en el aire.

Sticks se detuvo junto a su padre y se volvió para ver cómo se acercaban los espantapájaros.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó a su padre—. ¡Tienes que hacer algo!

—¡Están vivos! —vociferó Stanley—. ¡Vivos!

—¿Qué dice el libro? —preguntó el abuelo Kurt.

—¡Están vivos! ¡Todos están vivos! —repitió Stanley con expresión de terror en su mirada.

—¡Escúchame, Stanley! —suplicó el abuelo Kurt. Cogió a Stanley por los hombros y le dio una vuelta en redondo hasta que estuvieron cara a cara—. Stanley, ¿qué dice el libro que hay que hacer? ¿Cómo conseguirás controlarlos?

—Vivos —murmuró Stanley, poniendo los ojos en blanco—. ¡Todos están vivos!

—Stanley, ¿qué dice el libro que hay que hacer? —preguntó de nuevo el abuelo Kurt.

—No… no lo sé —respondió Stanley.

Nos volvimos de nuevo hacia los espantapájaros. Se acercaban cada vez más. Se diseminaban. Formaban una línea mientras se dirigían tambaleándose hacia nosotros. Sus brazos se extendían amenazadores hacia delante, como si se prepararan para agarrarnos.

De sus mangas iban cayendo puñados de paja. Sus abrigos soltaban paja. Pero ellos continuaban tambaleándose hacia nosotros. Se acercaban cada vez más. Cada vez más.

Los ojos negros pintados miraban hacia delante, y sus repugnantes bocas pintadas nos sonreían.

—¡Deteneos! —gritó Stanley, alzando el libro por encima de su cabeza—. ¡Os ordeno que os detengáis!

Los espantapájaros avanzaban lentamente, tambaleándose, sin pararse.

—¡Deteneos! —gritó Stanley con voz aguda y aterrada—. ¡Yo os he dado la vida! ¡Me pertenecéis! ¡Os lo ordeno! ¡Os ordeno que os detengáis!

Los ojos inexpresivos miraban directamente hacia nosotros. Los brazos se extendían rígidos hacia delante. Los espantapájaros se acercaban cada vez más. Cada vez más.

—¡Deteneos! ¡He dicho que os detengáis! —chilló Stanley.

Mark se me acercó más. A través de su máscara de arpillera veía sus ojos. Unos ojos aterrorizados.

Los espantapájaros, haciendo caso omiso de las súplicas de Stanley, siguieron acercándose más y más. Más y más.

Y entonces hice algo que cambió por completo el rumbo de la noche.

Estornudé.

27

Mark se sobresaltó tanto al oír mi sonoro y repentino estornudo que soltó un grito agudo y dio un salto, apartándose de mí. Con gran sorpresa por mi parte, todos los espantapájaros dejaron de avanzar y dieron un salto hacía atrás.

—¡Eh! —grité—. ¿Qué pasa aquí?

Parecía que todos los espantapájaros tenían sus ojos pintados fijos en Mark.

—¡Mark, deprisa, levanta la mano derecha! —grité.

Mark me miró a través del saco de arpillera. Vi que sus ojos reflejaban confusión.

Pero levantó obediente la mano derecha por encima de su cabeza.

¡Y todos los espantapájaros levantaron la mano derecha!

—¡Mark, te están imitando! —gritó la abuela Miriam.

Mark levantó las dos manos.

Los espantapájaros volvieron a imitarle. Oí el crujido de la paja cuando levantaron los dos brazos.

Mark inclinó la cabeza hacia la izquierda. Los espantapájaros inclinaron sus cabezas hacia la izquierda.

Mark se arrodilló. Los espantapájaros se arrodillaron, esclavos de cada movimiento de mi hermano.

—Creen… creen que eres uno de los suyos —susurró el abuelo Kurt.

—¡Creen que eres su jefe! —gritó Stanley contemplando con los ojos desorbitados cómo los espantapájaros se desplomaban sobre el

suelo.

—Pero, ¿cómo podré obligarlos a volver a sus estacas? —preguntó Mark muy excitado—. ¿Cómo podré obligarlos a ser otra vez espantapájaros?

—¡Papá… busca la fórmula adecuada! —vociferó Sticks—. ¡Busca las palabras adecuadas! ¡Oblígalos a dormir otra vez!

Stanley se rascó su pelo corto y oscuro.

—¡Estoy… estoy demasiado asustado! —confesó con tristeza.

Y entonces se me ocurrió una idea.

—Mark —susurré, acercándome a él—. ¡Arráncate la cabeza!

—¿Qué? —Me miró a través de su máscara de arpillera.

—Arráncate la cabeza de espantapájaros —le apremié.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Mark. Agitó las manos en el aire. Los espantapájaros, obedientes, agitaron sus manos de paja en el aire.

Todos estaban pendientes de mí, ansiosos por oír mi explicación.

—Si te arrancas la cabeza de espantapájaros —expliqué a Mark—, entonces ellos se arrancarán las suyas. Y morirán.

—¿Sí? ¿Tú crees? —dijo Mark vacilante.

—Vale la pena intentarlo —apremió el abuelo Kurt.

—¡Venga, Mark, date prisa! —gritó Sticks.

Mark dio un paso hacia delante, quedándose a muy pocos centímetros de los espantapájaros vestidos de oscuro.

—¡Date prisa! —le apremió Sticks.

Mark cogió con las dos manos la parte superior del saco de arpillera.

—Espero de verdad que esto funcione —murmuró. Luego le dio un fuerte tirón al saco y se lo quitó de golpe.

28

Los espantapájaros dejaron de moverse. Inmóviles como estatuas, observaban cómo Mark se arrancaba su cabeza de espantapájaros.

Mark los miraba a su vez, sujetando entre las manos el saco de arpillera. Tenía el pelo pegado a la frente.

Estaba empapado en sudor.

Los espantapájaros vacilaron unos instantes.

Unos instantes intensos, silenciosos.

Contuve la respiración. El corazón me latía con violencia.

Grité de felicidad cuando todos los espantapájaros levantaron sus manos de paja… y se arrancaron la cabeza.

Los sombreros oscuros y las cabezas de arpillera cayeron silenciosamente sobre la hierba.

Ninguno de nosotros se movió. Esperábamos que los espantapájaros cayeran.

Esperábamos que los espantapájaros decapitados se desplomaran y cayeran.

Pero no se desplomaron sino que extendieron los brazos y empezaron a avanzar hacia delante, rígidos y amenazadores.

—¡Vie… vienen a por nosotros! —gritó Stanley con voz temblorosa.

—¡Mark, haz algo! —grité, empujándolo hacia delante—. Haz que se sostengan sobre un pie o que den saltos hacia arriba y hacia abajo, ¡Deténlos!

Las figuras decapitadas seguían avanzando hacia nosotros con

los brazos extendidos.

Mark levantó las dos manos por encima de la cabeza.

Los espantapájaros no se detuvieron, no lo imitaron.

—¡Eh! ¡Manos arriba! —gritó Mark desesperadamente. Mientras tanto, iba agitando las manos por encima de su cabeza.

Los espantapájaros avanzaban en silencio, sin detenerse.

—¡No… no lo hacen! —se lamentó Mark—. ¡No me obedecen!

—Es que ya no pareces un espantapájaros —observó la abuela Miriam—. Ya no creen que eres su jefe.

Se iban acercando cada vez más, tambaleándose a ciegas. Cada vez más.

Formaron un círculo cerrado a nuestro alrededor.

Un espantapájaros restregó su mano de paja contra mi mejilla.

Proferí un grito de horror.

—¡Noooooo…!

Empezó a buscar mi garganta, la paja seca me arañaba, me arañaba la cara, me seguía arañando, arañando.

Los espantapájaros decapitados se abalanzaron sobre Mark. Él se puso a soltar patadas, pero ellos lo estaban asfixiando, lo estaban obligando a tirarse al suelo.

Mis abuelos gritaron de impotencia cuando las figuras vestidas con abrigos oscuros los rodearon. Stanley jadeó silenciosamente.

—¡Socorro, Sticks! —chillé cuando las manos de paja me rodearon el cuello—. ¡Sticks! ¡Sticks! —Miré a mi alrededor con desesperación—. ¡Socorro, Sticks! ¡Por favor! ¿Dónde estás?

Entonces me di cuenta con horror de que Sticks se había marchado.

29

—¡Sticks! —proferí un último grito sofocado.

Las manos de paja seguían rodeándome el cuello. El espantapájaros rodó por encima de mí. Tenía la cara aprisionada en la paja seca de su pecho.

Me debatí, tratando de liberarme. Pero él me sujetaba, me rodeaba con sus manos, me ahogaba.

La paja tenía un olor acre. Olía a podrido. Sentí ganas de vomitar. Me invadió una oleada de náuseas.

—¡Suelta! ¡Suelta! —le oí suplicar a Stanley.

Me sorprendió la fuerza del espantapájaros. Me envolvió con sus brazos, apretándome con fuerza, ahogándome en la repugnante paja.

Hice un último esfuerzo por liberarme. Luchando con todas mis fuerzas, logré levantar la cabeza.

Y vi dos bolas de fuego. Dos rayos de luz anaranjada.

Se iban acercando.

Y entre la luz anaranjada vi el rostro de Sticks, con expresión dura y decidida.

Di otro tirón fuerte, y me caí hacia atrás.

—¡Sticks! —grité.

Sticks llevaba dos antorchas encendidas. Me di cuenta de que eran las antorchas del granero.

—¡Las guardaba por si se necesitaban en algún momento! —gritó Sticks.

Los espantapájaros parecieron presentir el peligro.

Nos soltaron y trataron de alejarse a gatas.

Pero Sticks se movía con rapidez.

Hizo un barrido con las antorchas, balanceándolas como si fueran bates de béisbol.

Un espantapájaros se incendió. Luego otro.

Sticks volvió a balancear las antorchas.

El fuego crujía. Era un rayo anaranjado que se recortaba en la oscuridad.

La paja seca se incendió. Los abrigos viejos ardieron rápidamente.

Los espantapájaros se retorcían y contorsionaban mientras las llamas brillantes danzaban sobre ellos. Cayeron de espaldas sobre el suelo. Quemándose. Quemándose en silencio, rápidamente.

Retrocedí un paso, mirando con horror y fascinación.

El abuelo Kurt rodeaba con su brazo a la abuela Miriam. Estaban apoyados el uno en el otro, y en sus rostros se reflejaban las llamas temblorosas.

Stanley estaba allí de pie, tenso, con los ojos desorbitados. Oprimía con fuerza el libro contra su pecho. Murmuraba algo para sí, pero yo no logré entender lo que decía.

Mark y yo estábamos al lado de Sticks, que tenía una antorcha en cada mano y miraba con ojos entrecerrados cómo ardían los espantapájaros.

A los pocos segundos no quedó nada excepto unos cuantos puñados de cenizas oscuras en el suelo.

—Se acabó —dijo la abuela Miriam en voz baja y agradecida.

—Nunca más —oí susurrar a Stanley.

Al día siguiente por la tarde, la casa se hallaba en silencio.

Mark estaba en el porche de atrás, tumbado en la hamaca, leyendo un montón de cómics. El abuelo Kurt y la abuela Miriam estaban haciendo la siesta.

Sticks había ido al pueblo a recoger el correo.

Stanley se hallaba sentado ante la mesa de la cocina, leyendo su libro de supersticiones. Su dedo se movía sobre la página mientras murmuraba unas palabras en tono grave.

—Nunca más —volvió a repetir durante la comida—. Ya estoy escarmentado de este libro. Jamás volveré a dar vida a un espantapájaros. Ni siquiera leeré la parte dedicada a los espantapájaros.

Todos nos pusimos muy contentos al oír esas palabras.

Así pues, ahora, en esta tarde apacible y pacífica, Stanley se hallaba sentado ante la mesa, leyendo tranquilamente algún capítulo del grueso libro.

Y yo me encontraba en el sofá de la sala de estar, oyendo los dulces murmullos de Stanley procedentes de la cocina mientras reflexionaba sobre todo lo sucedido la noche anterior.

Me alegraba de poder pasar una tarde tranquila y sola para pensar en todo lo que había sucedido.

Completamente sola…

La única que había en la sala…

La única que oía la débil cantinela de Stanley mientras leía el libro.

La única que vio cómo parpadeaba el gigantesco oso pardo disecado.

La única que vio cómo el oso se relamía, bajaba de la plataforma, gruñía y daba zarpazos en el aire con sus enormes garras.

La única que oyó cómo rugía su estómago mientras me miraba.

La única que vio su mirada hambrienta cuando, por arte de magia, despertó de su larga hibernación.

—¡Stanley! —grité con voz aguda—. ¡Stanley! ¿Qué capítulo has estado leyendo?



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.